

881225

UNIVERSIDAD ANAHUAC

ESCUELA DE PSICOLOGIA

CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

3
2 E.



EFFECTOS DEL DIVORCIO EN EL NIÑO

T E S I S P R O F E S I O N A L
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A
GUADALUPE ELIZABETH VAZQUEZ HERRERA

MEXICO
TESIS CON
FALIA DE ORIGEN

1994



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***A Dios Nuestro Señor, ya
que sin su acción en mí no
hubiera sido posible la
realización de este proyecto.***

Con todo cariño y gratitud a mis padres, quienes siempre me han brindado su amor y confianza, siendo mi principal fuente de apoyo a lo largo de mis estudios.

A Aurora Sanfeliz, Luisa Signoret y Sandra Engorón por su valiosa guía en la elaboración de esta investigación.

A la Dra. Rosa María Valle y a todos mis maestros, particularmente a la Mtra. Marisol García Venero quien me impulsó a seguir adelante para alcanzar esta meta.

A los Legionarios de Cristo y muy especialmente al P. Thomas R. White, L.C. quien me brindó su orientación y apoyo a lo largo de mis estudios profesionales.

A todas aquellas personas que de una u otra forma contribuyeron a la elaboración de esta tesis.

INDICE

	INTRODUCCION	PAG.
1.0	<i>APORTACIONES PSICOANALITICAS A LA COMPRESION DEL DESARROLLO EMOCIONAL DEL NIÑO.</i>	1
2.0	<i>IMPACTO EMOCIONAL DEL DIVORCIO SOBRE EL NIÑO.</i>	13
2.1	<i>0 a 3 años.</i>	13
2.2	<i>Preescolares.</i>	22
2.3	<i>6 a 8 años (temprana latencia).</i>	30
2.4	<i>9 a 12 años (latencia tardía).</i>	40
2.4.1	<i>Paternalización.</i>	44
2.4.1.1	<i>Niños que se encargan de realizar las labores propias del hogar.</i>	45
2.4.1.2	<i>Niños que tienen que proporcionar seguridad al padre.</i>	46
2.4.1.3	<i>Niños que deben cubrir las necesidades afectivas de su progenitor.</i>	48
2.4.2	<i>Moral y Sexualidad.</i>	50
3.0	<i>EFFECTOS DEL DIVORCIO DE LOS PADRES EN EL AJUSTE ESCOLAR DEL NIÑO.</i>	56

4.0	FACTORES QUE DETERMINAN EL AJUSTE DEL NIÑO FRENTE AL DIVORCIO DE SUS PADRES.	64
4.1	<i>Competencias individuales del niño.</i>	65
4.1.1	<i>Sexo</i>	65
4.1.2	<i>Edad</i>	66
4.1.3	<i>Temperamento</i>	67
4.2	<i>La dinámica familiar</i>	67
4.2.1	<i>Estilos de enfrentamiento de los padres</i>	67
4.2.2	<i>Hostilidad y conflicto entre los padres.</i>	69
4.2.3	<i>Custodia y visitación.</i>	70
4.3	<i>Efectos de la comunidad, el medio ambiente y los sistemas de apoyo posibles en el ajuste del niño.</i>	70
4.4	<i>Efectos de la cultura sobre el ajuste del niño.</i>	72
4.4.1	<i>La familia.</i>	72
4.4.2	<i>Los derechos del niño</i>	73
5.0	CUSTODIA Y VISITACION	75
6.0	SUGERENCIAS PARA UN MEJOR AJUSTE DEL NIÑO POSTERIOR AL DIVORCIO.	84
6.1	<i>Cómo presentar la noticia del divorcio a los hijos.</i>	84
6.2	<i>La conservación de la imagen paterna.</i>	85
6.3	<i>El manejo socioemocional del niño.</i>	87

CONCLUSIONES

95

BIBLIOGRAFIA

104

INTRODUCCION

Esta tesis tiene como finalidad analizar, con base en una recopilación bibliográfica que comprendió la revisión de las investigaciones más importantes realizadas en los últimos diez años, los efectos que produce el divorcio de los padres en el desarrollo socioemocional de sus hijos, así como ofrecer algunas sugerencias que pueden ser de utilidad para lograr un mejor ajuste durante el proceso de divorcio y después del mismo.

La base de la sociedad es la familia. Esta es la primera comunidad en la cual el hombre nace, convive, crece, se comunica, le son transmitidos valores, aprende a ser persona y a realizarse. En México existen entre diversos tipos de familia, la familia nuclear, la cual está constituida por padre, madre e hijos y la familia extendida, que incluye a los familiares tanto del padre como de la madre. Esta última es muy común en nuestro país y puede representar un gran apoyo en momentos de crisis ante la cual se exige un cambio en su estructura.

Ahora bien, dentro de la familia nuclear a cada uno de los miembros se le asigna un papel definido. Se espera que el padre desarrolle el rol de cabeza de la familia y una de las principales funciones que le corresponden es la de aportar los recursos económicos necesarios para la manutención de la familia. Asimismo, se espera que desempeñe un papel importante en el manejo de la disciplina de sus hijos, a la vez que sea una fuente de apoyo y proveedor de cariño. Del mismo modo, que sea un modelo de identificación de los roles sexuales para sus hijos varones.

Por otro lado, se espera que la madre se encargue de las labores relacionadas con el funcionamiento del hogar y del cuidado y educación de sus hijos.

Actualmente un mayor número de matrimonios viven alejados de la familia extendida y en consecuencia los padres se ven obligados a asumir roles que antiguamente eran compartidos con otros parientes.

Ahora bien, para que la familia sea lugar del desarrollo de sus miembros no basta con que se unan los padres, tengan hijos y vivan bajo el mismo techo. Los investigadores en esta área postulan que diversos componentes caracterizan una relación marital satisfactoria, por ejemplo, la comunicación efectiva y la reciprocidad. Existen muchas razones por las cuales la relación de los esposos puede llegar a deteriorarse a tal grado que la vida dentro del hogar se torne insoportable o bien que la relación se desvitalice, perdiendo el interés el uno por el otro, al grado que opten por separarse.

El divorcio es un fenómeno social que se ha manifestado con mayor frecuencia durante las últimas décadas que en tiempos anteriores y las dificultades psicológicas, legales y sociales a las cuales se tienen que enfrentar, no solamente los cónyuges sino la familia entera son bastas, dolorosas y pueden ser dañinas, llegando a afectar el desarrollo psicosocial de sus miembros. El fenómeno del divorcio ha llegado a interesar a diversos estudiosos de la conducta humana quienes están evidenciando las repercusiones que puede traer consigo dicho fenómeno.

Ahora bien, dado que la familia es un grupo humano en el que los elementos son interdependientes, las acciones de éstos producen reacciones y contrarreacciones en cada uno de los demás integrantes. Por consiguiente, cuando la familia experimenta el divorcio, se producen desajustes, tanto en la vida familiar como en cada uno de los integrantes de la misma. Los cambios que se presentan varían de acuerdo a las características de la familia, la cultura a la que pertenece, así como a la

etapa del desarrollo familiar en la que se presenta la disolución, es decir, por ejemplo, la edad de los hijos y el tiempo que tengan los esposos de unión. El ajuste personal que lograrán los miembros familiares después de la separación depende entre otros factores, de los sentimientos que tengan hacia sí mismos, los esposos hacia su pareja, así como de las experiencias que hayan tenido antes así como durante el proceso de divorcio.

En este trabajo se revisará únicamente el divorcio coparental, es decir, los aspectos relacionados con el reparto de responsabilidades, de cuidados y educación de los hijos, tanto durante el proceso de divorcio así como después de que se efectuó el proceso legal del mismo. Otros tipos de divorcio, tales como el emocional, legal, económico, comunitario y psíquico quedan reservados para otros estudios.

Si bien los padres pueden haber recibido información referente a las reacciones que puedan presentar los hijos ante la crisis producida por la disolución del vínculo conyugal, es posible que debido a que están inmersos en su propia problemática, no tengan la energía psíquica requerida para atender los problemas de los hijos y para promover su adaptación a los cambios que tengan su origen en dicha disolución.

Es importante reconocer las señales de estrés que presenta el niño a través de su conducta. Corresponde informar a los padres cuáles pueden ser dichas señales de estrés y cuándo y bajo qué circunstancias pueden presentarse, con el fin de orientarlos en cuanto al apoyo que requieren sus hijos durante la crisis que acompaña a su separación. No obstante, hay que tomar en cuenta que cada situación de divorcio es diferente y única, por lo que en cada familia y en cada individuo pueden suscitarse reacciones distintas.

A menudo se hacen generalizaciones muy tajantes en cuanto a los

efectos negativos que produce el divorcio de los padres en los hijos. Es conveniente analizar la validez de éstas así como proporcionar una orientación en cuanto a cómo evitar dichos efectos.

Ha sido ampliamente comentado lo dañina que puede ser la permanencia de una relación insatisfactoria. Hay muchos casos en los que los cónyuges continúan unidos sin cariño y en conflicto, o simplemente se respira un ambiente hostil, con cortesías vacías que encierran rencor y amargura. Es posible que el divorcio si bien no sea una solución ideal, sí sea una salida a situaciones infelices y dañinas.

En mi experiencia profesional como psicóloga en la educación, a niveles preescolar y primaria, un alto porcentaje de los niños que me han sido remitidos por algún problema, ya sea de tipo emocional, académico o conductual, son hijos de familias que están en conflicto o de aquellas en las que los padres se han separado. Esto me ha permitido observar que los hijos sufren mucho, tanto ante el matrimonio insatisfactorio de sus padres como frente a su divorcio conflictivo. A partir de estas percepciones me surgieron las siguientes interrogantes generales ¿Cómo afecta la disolución del vínculo marital al desarrollo socioemocional de los hijos? ¿Qué sugerencias se les pueden ofrecer a los padres para que éstos puedan contribuir a la pronta y exitosa superación de la crisis que provoca en sus hijos su separación? De las interrogantes anteriores surgen otras más específicas.

Al responder en esta revisión a las interrogantes arriba señaladas, se pretende ofrecer una visión clara y bien fundamentada de los factores que influyen en el ajuste socioemocional del niño ante el divorcio de sus padres. Asimismo, se pretende brindar un apoyo a padres, maestros y a todas aquellas personas que tengan contacto con los niños que se

enfrentan a esta situación.

En el capítulo primero se expondrán brevemente los principios básicos de las teorías de Freud y de Erikson y se revisarán las primeras etapas del desarrollo a partir de ambas. Estas teorías sostienen que la historia temprana del individuo va a determinar su ajuste en la vida adulta.

Los subsiguientes capítulos se fundamentaron en diversas investigaciones realizadas en los Estados Unidos de Norteamérica, las cuales en su gran mayoría, se realizaron en muestras que se caracterizan por ser de clase media, provenientes del grupo mayoritario. Estas se realizaron principalmente en los últimos diez años, las cuales reportan las repercusiones que puede tener el divorcio de los padres en las diferentes áreas de desarrollo.

En el capítulo segundo se revisarán los efectos que puede tener el divorcio de los padres en el desarrollo emocional de sus hijos. Se toman como base las distintas etapas del desarrollo psicosexual que se presentan durante la niñez, según la teoría freudiana. Ahora bien, dado que a cada etapa del desarrollo le corresponde una reacción específica, según reportes de diversas investigaciones, se estructuró el capítulo según dicha reacción. Por ejemplo, la etapa oral y anal se revisaron en un inciso independiente, ya que el sentimiento que caracteriza a los niños menores de tres años de edad ante el divorcio de sus padres, es de desamparo. Por otro lado, como durante la etapa edípica el niño experimenta sentimientos de culpa, ésta se revisará en un inciso aparte. Durante la temprana latencia el sentimiento que predomina es el de tristeza, lo cual se verá en otro inciso. Se concluye el segundo capítulo con un análisis de la etapa de la latencia tardía, durante la cual el sentimiento predominante es el enojo.

En el capítulo tercero se analizarán los efectos que puede tener el

divorcio en el ajuste escolar del niño, tanto en el área académica como en la social. Por lo que respecta al capítulo cuarto, nos referiremos a aquellos factores personales, familiares, sociales y culturales que determinan el grado de ajuste que el niño logra ante el divorcio de sus padres, y en el quinto veremos algunos aspectos referentes a la forma en que los arreglos, tanto custodiales como de visitación, pueden influir en el desarrollo del niño.

Con la intención de comunicar la importancia que tiene el hecho de dar a los hijos el cariño y el confort necesarios para que el momento les sea menos doloroso, y así ayudarlos a aceptar su situación, disminuir sus sentimientos de culpa y elevar su autoestima, se concluye esta revisión bibliográfica con diversas sugerencias que pretenden brindar una orientación a todas aquellas personas que de alguna manera tienen contacto con los hijos de padres divorciados, para que puedan brindar a éstos la ayuda y el apoyo necesarios para que superen la crisis que la separación de los padres implica.

1.0 APORTACIONES PSICOANALITICAS A LA COMPRESION DEL DESARROLLO EMOCIONAL DEL NIÑO.

Para cumplir con el objetivo de esta tesis, el cual es analizar los efectos que produce en el niño el divorcio de sus padres, fue necesario hacer un análisis de las principales teorías del desarrollo humano, llegando a la conclusión de que las de la corriente psicoanalítica sirven de base para comprender los principales efectos emocionales que puede producir la ruptura familiar en el desarrollo de la personalidad del niño. En este capítulo se describirán los principales postulados de las teorías del desarrollo enunciados por Freud, así como los elaborados por Erikson, correspondientes a las etapas que se presentan durante la niñez.

Las aportaciones de la tradición psicoanalítica al estudio de la conducta humana siguen siendo notables ya que analizan al ser humano como un todo, tomando en cuenta tanto los aspectos conscientes como inconscientes de la personalidad, siendo las emociones uno de sus principales puntos de interés (Craig,1988).

Sigmund Freud definió al psicoanalista como "una concepción dinámica que reduce la vida mental a una lucha interior entre fuerzas instintivas" (Wolff,1976). Por otro lado, el psicoanálisis también es un método y una técnica de terapia para enfermedades mentales y emotivas (Thompson,1955). Su teoría se elaboró a partir del estudio de casos clínicos por medio de los cuales se han podido explorar áreas profundas de la personalidad en donde se encuentran sumergidos los procesos inconscientes que aun cuando no salen a la conciencia, ejercen una fuerza vigorosa en el comportamiento humano (Hall y Lindzley,1975).

Los psicólogos modernos de la tradición psicoanalítica, entre

quienes destaca Erik Erikson, ya no consideran los impulsos instintivos como único fundamento de la conducta humana. Mientras que Freud enfatiza los determinantes biológicos del comportamiento, Erikson se interesa por las influencias culturales y sociales que lo afectan. Su teoría se centra en el crecimiento del yo y en especial, en la manera en que la sociedad influye en el desarrollo de éste. Aun cuando la teoría de Erikson difiere en algunos aspectos de la de Freud y se extiende en algunos puntos, sus ideas se basan mucho en las del primero ya que él fue quien puso los cimientos del psicoanálisis (Papalia y Olds, 1990).

Según Freud la estructura de la personalidad tiene tres componentes: el ello, el yo y el superyó. El ello es la fuente inconsciente de los motivos y deseos, es el componente biológico de la personalidad y funciona sobre el principio del placer, es decir, busca gratificación inmediata sin tomar en cuenta la realidad. En él se localizan los impulsos instintivos presentes al nacer. El yo puede considerarse como la razón o la reflexión. Este sirve de intermediario entre el ello, el mundo exterior y eventualmente el superyó. El yo opera sobre el principio de la realidad y busca la manera aceptable de obtener gratificación. El superyó o conciencia, se constituye a partir de la incorporación de los valores tradicionales y las normas sociales. Este juzga y dirige la conducta del individuo e inhibe los instintos. Representa a lo ideal y es una especie de árbitro moral internalizado al que le toca decidir qué está bien y qué mal, de tal manera que el individuo pueda actuar de acuerdo a los cánones morales dictados por la sociedad (Freud, 4a ed, 1981).

El ello está presente desde el momento del nacimiento, es decir, el niño al arribar al mundo, está dotado de impulsos instintivos que buscan gratificación inmediata. Cuando la gratificación de sus instintos se

demora, el niño comienza a diferenciar su cuerpo del mundo que lo rodea y empieza a desarrollarse el yo. Este se desarrolla poco después del nacimiento. Por último se desarrolla el superyó, el cual aparece hasta los cuatro o cinco años, en gran medida a través de la identificación con el progenitor del mismo sexo (Freedman y Kaplan,1981).

Según el pensamiento de Freud, el organismo humano atraviesa por diferentes etapas del desarrollo psicosexual. Las etapas se definen y reciben el nombre de acuerdo con las partes del cuerpo que predominen en cada fase, como fuentes primarias de gratificación de la libido, el cual es un término utilizado por Freud para referirse al deseo o energía sexual. Así tenemos entre el nacimiento y los dieciocho meses, la etapa oral, en la que la boca es la región de mayor actividad dinámica. Durante el segundo año de vida se presenta la fase anal, en la que el principal interés del niño se centra en los procesos de eliminación. El niño entra a la etapa fálica durante los años preescolares y la zona erógena se centra en los órganos sexuales. Estas tres etapas, oral, anal y fálica han sido denominadas "pregenitales". Posteriormente, entre los seis y los doce años de edad, el niño atraviesa por la etapa de latencia, época de quietud en la que los impulsos tienden a mantenerse en un estado de represión. Durante la adolescencia los impulsos pregenitales son reactivados y si ellos son exitosamente desplazados y sublimados, el individuo entra finalmente en una etapa de madurez: la fase genital. Las edades que comprende cada etapa fueron señaladas por otros investigadores, quienes indican que son aproximadas(Freud,1981).

Cada etapa del desarrollo encierra cierto grado de frustración y ansiedad que si aumentan en exceso, pueden detener temporal o permanentemente el curso del desarrollo normal. El sujeto puede quedar

lijado en alguna de las primeras etapas debido a que la ansiedad le impide continuar su curso. El niño excesivamente dependiente puede representar un ejemplo de la fijación como mecanismo de defensa. La ansiedad que experimenta le impide aprender el modo de llegar a ser independiente. Una persona puede fijarse en una etapa particular si, por ejemplo, sus necesidades a ese nivel de desarrollo no fueron satisfechas o si por el contrario, fueron satisfechas en exceso. La regresión se encuentra estrechamente ligada a la fijación. La persona que tropieza con experiencias traumáticas puede retornar al estado anterior del desarrollo, por ejemplo, el niño asustado por el divorcio de sus padres puede incurrir en conductas regresivas tales como llorar o succionar el pulgar (Hall y Lindzley, 1975)

Como se mencionó anteriormente, la teoría del desarrollo de la personalidad propuesta por Erik Erikson posee muchos aspectos en concordancia con la de Freud. Sin embargo, también existen diferencias entre ambas teorías. Según Erikson el desarrollo del ser humano se realiza a través de ocho etapas. Las cuatro primeras coinciden en muchos aspectos con las etapas del desarrollo pregenital expuestas por Freud. No obstante, Erikson va más lejos al considerar al desarrollo como un proceso continuo que abarca todas las edades de la vida humana. Esta comienza con conflictos instintivos fundamentales, los cuales son rebasados para destacar la resolución de competencias y de crisis existenciales. Erikson le da a su teoría un enfoque psicosocial, otorgándole menor relevancia al aspecto psicosexual (Chaplin y Krawiec, 1978).

Erikson consideró que en cada etapa del desarrollo, el ser humano atraviesa por crisis o conflictos. La manera en que el individuo resuelve dichos conflictos determinará la forma en que resolverá el siguiente. Sin

embargo, este proceso no es irreversible; los ajustes que se hacen en cada etapa pueden alterarse o invertirse. Por ejemplo, si un niño sufrió una falta de afecto durante la lactancia, puede llegar a ser un adulto normal si recibe cariño en etapas posteriores (Craig,1988).

Asimismo, Erikson manifestó que en cada etapa del desarrollo humano, un conflicto en especial adquiere mayor importancia y se vuelve decisivo en cuanto a su futuro desarrollo. Sin embargo, eso no significa que deje de existir este mismo conflicto en las etapas subsiguientes, sólo disminuye su intensidad. Por ejemplo, las necesidades de autonomía son de primordial importancia cuando el niño comienza a caminar. No obstante, el individuo necesita seguir probando su autonomía a lo largo de su vida (Craig,1988).

A continuación se transcribirán los principales aspectos de las etapas del desarrollo de acuerdo a Freud y Erikson y se señalará la significación que tienen éstos en la temática de la presente tesis.

Etapa Oral

Durante esta primera etapa de vida el principal interés del bebé radica sobre la absorción de los alimentos y su mayor gratificación la obtiene al chupar. Sus zonas erógenas son los labios y la boca y los objetos eróticos que satisfacen los instintos de su libido son los pezones, los biberones, los dedos, y cualquier otra cosa que pueda llevarse a la boca. El bebé ve estas fuentes de gratificación como algo positivo y crea relaciones y lazos con ellas, es decir, catexias (Freud,1943).

La etapa oral tiene dos sub-etapas: la oral dependiente cuando el bebé solamente puede llorar para recibir alimento, y la oral agresiva, cuando el niño que está en el período de dentición puede morder tanto como

chupar el pezón (Papalia y Olds,1990).

Como ya se había mencionado, pueden darse fijaciones y regresiones durante las diferentes etapas. El decir que el adulto posee una "personalidad oral" significa que dicho individuo se fijó en la etapa oral, lo cual se puede manifestar a través de conductas regresivas. Esta persona puede encontrar una cantidad desproporcionada de satisfacción con el uso de la boca, mordiéndose las uñas o comiendo en exceso. Puesto que la comida tiene una función muy importante en la etapa oral de la infancia, el niño que se ha fijado en este período puede igualar la comida con el amor o comer en forma compulsiva (Freud,1981).

Primera Crisis: Confianza básica frente a desconfianza básica.

La etapa oral de Freud coincide tanto en cronología como en la importancia de las primeras experiencias relacionadas con la alimentación, con la primera crisis, según Erikson, de "Confianza frente a desconfianza", por la cual atraviesa el ser humano.

El desarrollo del sentimiento de confianza en el lactante dependerá de la atención que se le brinde durante sus primeros meses de vida. Si sus necesidades quedan satisfechas, si recibe atención y cariño y es tratado en forma coherente con la etapa del desarrollo por la cual atraviesa, considerará que el mundo es seguro y confiable. En cambio, si su mundo no le proporciona la atención que él requiera, sino que le produce estrés, dolor y amenazas, como puede suceder con los hijos de padres divorciados, aprenderá a esperar agresiones del medio ambiente, sintiendo que la vida es impredecible y poco confiable (Craig,1988).

La primera demostración de confianza social del niño, se manifiesta cuando come bien, duerme profundamente y tiene relajación

intestinal. El sentimiento de confianza creado por la madre o sustituto materno, por medio de un cuidado sensible de las necesidades del bebé, es la base de la identidad de la persona en el futuro. La calidad de la relación entre la madre y el hijo, es más importante que la cantidad de tiempo que ella le dedique. Durante la alimentación, el niño, además de sentirse aliviado de la sensación generalizada de malestar, experimenta el amor y el placer de la dependencia mediante el abrazo de la madre, su calor confortante, su sonrisa y la forma en que le habla (Erikson, 1974).

El primer logro social del niño se manifiesta cuando está dispuesto a permitir que su madre se aleje de su vista sin experimentar ira o ansiedad excesivas pues ella se ha convertido tanto en una certeza interior como en alguien exterior previsible (Erikson, 1974).

La madre que se divorcia del padre, cuando su hijo atraviesa por esta etapa, en muchas ocasiones agobiada por su propia problemática, no provee al pequeño del cariño y la atención requeridas por él, por lo que es difícil que se establezca la confianza básica. Si por el contrario, no tiene la madre en quién descargar su afecto, lo puede volcar sobre el niño, sobreprotegiéndolo y frenando así su desarrollo (Francke, 1994).

Etapa Anal.

La segunda etapa del desarrollo de acuerdo con la teoría de Freud, es la etapa anal, durante la cual el placer sensual del niño se relaciona con los procesos fisiológicos de la eliminación. Al niño le preocupan entonces cuestiones de control como la retención y la expulsión. La manera en que se le enseña a controlar la excreción determinará la resolución eficaz de esta etapa. Las personas que tienen una "personalidad anal", generalmente son demasiado rígidas en cuanto a las reglas, muy apegadas a la rutina,

obsesivas y excesivamente pulcras (Freud,1943).

Segunda crisis: Autonomía frente a vergüenza y duda.

Paralela a la etapa anal de Freud, está la segunda crisis de Erikson "Autonomía frente a vergüenza y duda". En esta etapa Erikson no se limita a desarrollar la importancia del control de esfínteres, sino que lo hace extensivo a otros aspectos de la conducta. El niño que empieza a caminar descubre su cuerpo y la manera de controlarlo, tratando de utilizar sus músculos en desarrollo para hacerlo todo por sí solo: caminar, comer, vestirse y eliminar cuando lo desee y no cuando lo decidan sus padres. Cuando logra hacer las cosas sin ayuda, adquiere una sensación de seguridad en sí mismo y de autocontrol. Pero si fracasa una y otra vez en sus intentos de obtener logros, y si constantemente se le castiga, frenando sus intentos de autonomía o se le califica como tonto, torpe e inepto, aprenderá a sentir vergüenza y desconfianza de sí mismo (Craig,1988). Por lo tanto, el control exterior en esta etapa debe ser firme y tranquilizador. Es esencial que el niño tenga la confianza de que no correrá peligro ante su súbito cambio de actitud, su deseo de investigarlo todo y hacer las cosas por sí mismo. Al mismo tiempo que su medio ambiente lo alienta a "pararse sobre sus propios pies" es necesario que también lo proteja contra las experiencias arbitrarias y sin sentido que lo hagan dudar de sus propias habilidades (Erikson,1974).

Los padres desempeñan una función muy importante en la búsqueda del logro de la autonomía por parte del niño. Proporcionan un puerto seguro con límites claros desde donde puede lanzarse a descubrir su mundo, con la certeza de que puede regresar a él para encontrar apoyo (Papalia y Olds,1990).

Etapa Fálica.

La etapa fálica es la tercera etapa de la teoría freudiana, durante la cual el placer sensual del niño se centra en los genitales. En este período el niño siente una fuerte atracción "sexual" por el progenitor del sexo opuesto. A esto se le llama complejo de Edipo en los varones y de Electra en las mujeres. Como tales deseos no son aceptados producen ansiedad. El niño aprende a reprimirlos y atenúa la ansiedad al tratar de parecerse más al progenitor de su mismo sexo que al del sexo opuesto. A esto se le llama identificación. Freud explica el desarrollo del superyó en la edad preescolar como algo que resulta de la situación de Edipo. Al identificarse con el padre del mismo sexo, el niño toma realmente la personalidad de éste y la asimila a la suya propia. El niño lleva consigo la conciencia de que representa los deseos, los valores y las normas de su padre. Cuando viola una de esas normas, su voz interior lo reprende y lo hace sentir culpable, lo que se conoce como "culpa edípica". Debido a que el deseo que el niño experimenta por su padre del sexo opuesto es tan fuerte, el nuevo superyó también tiene que ser muy fuerte para combatir ese deseo. Por lo tanto, la conciencia del niño es muy estricta durante esta etapa (Freud, 1981).

Esta situación edípica, sumada al rompimiento familiar, hace que las cosas se compliquen aún más. Esta es un aspecto que se desarrollará en capítulos siguientes.

Tercera crisis: Iniciativa frente a sentimientos de culpabilidad.

Erikson denominó a la tercera etapa del desarrollo "iniciativa frente a sentimientos de culpabilidad", la cual, al igual que la etapa fálica

de Freud va aproximadamente de los tres a los seis años. Estos preescolares están tratando de obtener y mantener un sentido de autonomía. La guía de sus padres y su nueva capacidad de expresar sus necesidades y pensamientos mediante palabras les ayuda a ser más independientes, están llenos de energía, dispuestos y ansiosos por aprender y experimentar con nuevas cosas así como por trabajar en cooperación con los demás niños (Erikson,1974).

El conflicto de personalidad básico del niño que atraviesa por esta etapa, se centra entre la iniciativa que lo motiva a emprender, planear y llevar a cabo sus actividades, y la culpa que experimenta con respecto a lo que desea hacer. Este deseo se centra principalmente en el hecho de querer ocupar un lugar de privilegio frente al progenitor del sexo opuesto a través de la conquista, tratando de mantener alejados a aquellos que considera sus rivales, como pueden serlo el padre del mismo sexo y los hermanos (Erikson,1974).

Erikson coincide con Freud en que el sentimiento de culpa en esta etapa, se debe en parte al complejo de Edipo y en parte a la rigidez del superyó en desarrollo. Si el superyó llega a ser tan estricto que dé lugar a un residuo muy grande de culpa, el niño puede exagerar su autocontrol y autorrestricción (tal como sucede con los hijos de padres divorciados), hasta el punto de no definir una personalidad propia, lo cual se denomina "autoanulación" ; en este caso el niño puede llegar a exagerar la obediencia a sus padres en un grado mucho mayor de la que éstos esperan o desean, o puede desarrollar un resentimiento perdurable hacia ellos ya que no están a la altura de la nueva y exigente conciencia que ha desarrollado (Erikson,1974).

Por otra parte, el niño, al realizar actividades con el padre del

mismo sexo, no solamente satisface su deseo de iniciativa sin que esto le ocasione demasiado conflicto o culpa edípicas, sino que también favorece una identificación con él basada en el espíritu de igualdad al hacer las cosas juntos (Erikson,1974).

Período de latencia.

El período de latencia, correspondiente a los años intermedios, Freud lo consideró como un tiempo de relativa calma sexual entre los años preescolares con sus conflictos de Edipo y la búsqueda de patrones sexuales en la adolescencia. El concepto de latencia no implica una interrupción completa de la actividad y los intereses sexuales. Es en esta etapa cuando la mayor parte de los sucesos y tendencias psíquicas anteriores sucumben en la amnesia infantil y caen en el olvido que oculta nuestra primera infancia (Freud,1943). De acuerdo con la conceptualización de Freud, en este período la mayoría de los niños ya han desarrollado un superyó activo que les permite profundizar en la ética y la moral de la sociedad, aunque al principio lo hagan en forma rígida. El superyó los hace sentirse culpables de sus actos errados, más que atemorizados por el castigo paterno. Ya han resuelto sus conflictos de Edipo y se encuentran identificados con los roles correspondientes a su sexo por lo que ahora pueden encauzar sus energías a la adquisición de nuevas habilidades, destrezas y actitudes culturales (Papalia y Olds,1990).

Cuarta crisis: Industriosidad frente a inferioridad.

Erikson denominó al período comprendido entre los seis y los doce años "Industriosidad frente a inferioridad" durante el cual los niños adquieren numerosas destrezas y competencias en la escuela, en el hogar y

en el mundo externo. Con sus compañeros de la misma edad, aprenden a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. En opinión de Erikson, el sentido del yo se enriquece con el desarrollo realista de tales competencias. La cooperación con los compañeros cobra cada vez mayor importancia. Una evaluación negativa acerca del yo en comparación con otros, resulta sumamente perjudicial. El niño puede llegar a tener un sentimiento de inadecuación e inferioridad y renunciar a la identificación con sus compañeros, puede aislarse regresando a la rivalidad familiar de la etapa edípica, sintiéndose condenado a la mediocridad o a la inadecuación (Erikson, 1974).

En conclusión, se puede decir que debido a que durante la niñez la personalidad del niño está en pleno desarrollo, la actitud y la conducta que asuman los padres, y demás personas relacionadas con el cuidado y educación del niño, así como todas las personas que constituyen su medio ambiente, son decisivas en este desarrollo.

A continuación se describirán las reacciones emocionales que pueden presentar los niños ante el divorcio de sus padres.

2.0 IMPACTO EMOCIONAL DEL DIVORCIO SOBRE EL NIÑO.

2.1 De los 0 a los 3 años.

Ningún niño es demasiado pequeño para experimentar las desavenencias de la separación de sus padres. Durante la infancia los niños dependen casi por completo de sus progenitores y en muchas ocasiones éstos, agobiados por su situación de divorcio, no proporcionan a sus hijos el cariño y la atención requeridos por niños tan pequeños, por lo que pueden desarrollar sentimientos muy profundos de privación paterna. Por esta razón, al período comprendido entre el nacimiento y los tres años correspondiente a las etapas oral y anal de Freud, le denominaremos para efectos de esta tesis, edad del desamparo (Francke,1984). A continuación veremos como puede afectar el divorcio en el desarrollo del niño desde antes de su nacimiento.

Mussen, basado en los hallazgos de diversas investigaciones, reportó que cuando la madre se encuentra bajo situaciones de estrés durante el embarazo, la tensión emocional puede ser transmitida al feto a través del torrente sanguíneo. Este puede llegar a ser hiperactivo dentro del útero, aumentando el movimiento de su cuerpo hasta en varios cientos por cientos (Mussen,1990).

El daño que sufre el bebé puede ser de importancia si la madre embarazada continúa estresada pues el bebé estará propenso a nacer prematuramente o con bajo peso. Además de lo anterior, las estresadas madres transmiten su estado de ánimo a sus hijos quienes tienden a ser irritables. Asimismo, su sistema digestivo no funciona tranquilamente, por lo que están plagados de excesivos movimientos intestinales y quejas por cólicos. Pueden tener dificultad para dormir, lloran excesivamente y demandan ser cargados. Cuando se combinan estos síntomas y necesidades

con aquellos de la nueva madre, cuyo esposo no está presente, la maternidad no es disfrutada (Mussen,1990).

Durante los primeros meses de vida, el bebé de padres divorciados puede sentirse molesto por encontrarse mojado, hambriento, etc, sin embargo, es posible que en muchas ocasiones no reciba respuesta a su llanto. De esta manera aprenderá a no contar con sus padres, sintiendo que el mundo no es un lugar seguro y cálido, es decir, no desarrolla el sentimiento de confianza básica (Francke,1984). Asimismo, Papalia en 1990, apoyada en la revisión realizada por Clarke-Stewart en el año 1977, reportó que entre más se atiende al llanto de un infante, éste llorará menos y demandará menos atención dado que al parecer, habrá ganado cierto grado de confianza al darse cuenta de que su llamado obtiene una respuesta. Esta aseveración es corroborada por White en 1988, después de una investigación que implicó 17 años de trabajo, quien además reportó que según los datos obtenidos en un estudio realizado por M. Ainsworth de la Universidad de John Hopkins, cuando el llanto de un infante es atendido en forma rápida y regular, se crea una mejor relación entre él y la persona encargada de su cuidado (Papalia,1990; White,1988).

El que el bebé esté o se sienta acompañado, es sin duda una necesidad para él. La ausencia de la madre significa para el pequeño privación de alimentación y de protección segura. El niño requiere estar con su madre (o con un sustituto de la madre), y viajar en sus brazos para sentirse protegido, alimentado y acompañado (Martín,1985).

Los bebés cuyos padres están en proceso de divorcio, no siempre son ignorados. Para algunas madres un bebé provee distracción a sus problemas y alterados sentimientos, por lo que se vuelcan sobre ellos con amor y ternura. Sin embargo, puede ser que la madre trastornada por el

rencor y amargura que acompañan al divorcio, o igual agobiada por el pánico de una batalla custodial, pueda aferrarse a su bebé, frenando su desarrollo. Por ejemplo, el niño puede querer detener por sí mismo su biberón, y la estresada madre, en su deseo de protegerlo, frustra los intentos del mismo por crecer. No obstante, esto no es lo más común. Es difícil para la madre trastomada con su propia vida, prestar atención a los intereses de los demás, por lo que puede estar llorando en su habitación mientras que su bebé puede estar haciendo lo mismo en la suya. Tanto el bebé sobreprotegido como el bebé desamparado pueden sufrir una fijación en esta etapa, es decir, que el niño no continúa su desarrollo normal (Así como se señaló anteriormente, la fijación es una detención en el desarrollo psicosexual del niño) (Francke, 1984).

Para la madre divorciada, el trato con su bebé no es fácil, ya que durante este delicado período de desarrollo el niño necesita amor y tranquilidad y a ella muchas veces le es difícil dárselos. La madre tiene que ingeniárselas para combinar su vida de trabajo, su vida social y su responsabilidad como madre con pocos sistemas de soporte. Puede ser que se desarrolle una situación difícil entre el insistente niño que trata de adherirse a su madre, mientras ella que está oprimida en su desesperación puede manejarlo con agresividad, por lo que el niño se sentirá más solo y con más miedo y necesidad de seguridad. En consecuencia la fase de dependencia puede prolongarse. Es posible que el niño continúe aferrándose a su madre mucho después del tiempo normal, de la misma manera, el miedo ante los extraños puede persistir aun cuando el niño ya debiera haber superado esa reacción (Teyber, 1987). Es posible también, si la madre maneja al niño con rudeza, llegue él a considerarla como un estímulo negativo, el cual le producirá ansiedad, por lo que aprenderá a rechazarla.

Posiblemente se consuele fácilmente con extraños, mostrando recelo al ser devuelto a su madre (Jannis,1969).

Alrededor de los siete meses de edad, el niño reacciona con miedo a lo no familiar, como pueden ser personas extrañas o lugares desconocidos para él. Diversos autores reconocidos llaman a esto "ansiedad ante extraños" y se presenta paralelamente a la "ansiedad de separación" que se caracteriza por el miedo que el niño presenta ante la separación de su madre. Ambos procesos representan un logro en el desarrollo intelectual del lactante. Debido a que éste adquiere esquemas para las cosas conocidas y desconfía de lo desconocido, se siente seguro en presencia del cuidador primario e inseguro cuando éste se encuentra ausente. Esto significa que el niño ha establecido un vínculo de apego con la primera persona significativa en su vida que generalmente es su madre (Craig,1988). Sin embargo, se han realizado una serie de investigaciones en las que se ha visto que los niños forman vínculos de apego con ambos padres más o menos a la misma edad durante el primer año de vida, no obstante, la mayoría de los niños mostraron cierta preferencia hacia sus madres. Probablemente esto se deba a que las madres tienden a involucrarse más en el cuidado del niño, sobre todo durante los primeros meses de vida (Lamb,1981).

El divorcio intensifica el miedo que tiene el niño de perder a la figura primaria. No solamente pierde al padre, al cual conoce y en el cual confía, sino que también puede sentir que su madre lo ha abandonado para siempre, por ejemplo: cuando lo deja al cuidado de otras personas cuando ésta sale a trabajar. Por consiguiente, puede aferrarse desesperadamente a ella, llorando y colgándosele cada vez que sale de su presencia. El sentirse abandonado puede provocarle tal ansiedad que se deprima al grado de no

querer jugar, mostrándose indiferente ante todo. Quizá él no vea a su madre hasta la hora de dormir y se cuelgue nuevamente a ella cuando va a ponerlo en su cuna. Muchas veces el sueño puede ser intranquilo, llegando a despertarse llorando a media noche. Le asusta ir solo a la cama porque teme perder a su madre. Su imaginación puede ir más allá de su experiencia real. Le es difícil diferenciar entre la fantasía y la realidad y es difícil hacerle entender que sus sueños son simplemente pesadillas (Francke, 1984).

Como se mencionó anteriormente, aproximadamente a los dieciocho meses de edad, el niño ha establecido el sentimiento de confianza básica. Puede lanzarse a explorar su mundo con la certeza de que puede regresar a sus padres para encontrar apoyo. Sin embargo, los hijos de padres divorciados, debido a que en muchas ocasiones tienen que ser separados de sus cuidadores primarios mientras éstos salen a trabajar, les es difícil establecer este sentimiento de confianza, por lo que prefieren permanecer cerca de sus padres, originando una pérdida de la oportunidad de que se dé un nuevo aprendizaje (Erikson, 1974).

Generalmente el niño que atraviesa por el segundo año de vida ha aprendido a confiar en sus padres. Ellos lo han llenado de atenciones, lo han protegido de cualquier daño impidiendo que se caiga o se lastime, acuden cuando los llama, lo han alimentado, juegan y platican con él, lo animan y confortan. Todo esto va permitiendo que adquiere seguridad en sí mismo volviéndose poco a poco más independiente (Mussen, 1990). Sin embargo, bajo tales circunstancias, el niño puede ver que su sentimiento de confianza está amenazado por lo que puede volverse más posesivo de sus objetos favoritos de lo que es normalmente un niño sin problema. Igualmente el niño puede volverse autoritario y déspota y demandar ciertas

comidas y objetos sólo para descartarlos inmediatamente pidiendo su reemplazo. Estos niños pueden sufrir una regresión comportándose como bebés más pequeños y tener miedos que antes de la separación no se habían presentado. El golpe de una puerta, el zumbido de un timbre, etc, pueden asustarlos. Demasiado pequeños para expresar su estrés o para hacer algo por aliviarlo, pueden llegar a tener pesadillas y despertar sobresaltados (Francke,1984).

Con el propósito de evaluar los efectos del divorcio en niños de diferentes edades, Wallerstein y Kelly realizaron un estudio longitudinal con 60 familias y 131 niños cuyas edades oscilaban entre los 2 y los 18 años. Ellos los dividieron en seis diferentes grupos en base a su edad y tiempo desde la separación inicial.

Los niños de 2 y 3 años fueron particularmente propensos a mostrar regresión y expresiones de aturdimiento, enojo, ansiedad de separación y necesidad indiscriminada de los adultos. La regresión puede ser breve si los niños reciben un involucramiento emocional adecuado y consistente por parte de los miembros adultos de la familia. Sin embargo, aquellos niños quienes experimentaron un conflicto familiar intenso y tuvieron madres que se encontraban devastadas por el divorcio, parecían muy deprimidos y mostraron retraso en su desarrollo (Wallerstein y Kelly, citados en Lamb,1988).

Como se mencionó anteriormente, los lactantes forman fuertes vínculos iniciales tanto con el padre como con la madre, sobre todo cuando han tenido un contacto regular y constante con ellos desde el nacimiento. Cuanto más grande sea el apego inicial, mayor será la influencia que el padre ejerza más tarde en la socialización del niño (Craig,1988).

Se ha visto que existe cierta controversia respecto a la

preferencia que los bebés muestran por alguno de sus padres. Algunas investigaciones apoyan la preferencia del niño hacia su madre, otras reportan que no existe tal preferencia. A continuación se hará referencia a algunas de estas investigaciones.

Kotelchuck (citado en Lamb, 1981), por ejemplo, observó a 144 niños y niñas, en las edades de 6, 9, 12, 15, 18 y 21 meses con el propósito de evaluar los vínculos existentes entre los niños y sus padres. Cada niño se sentaba en una sala de juego desconocida rodeada de juguetes, mientras la madre, el padre y un desconocido salían por turnos de la habitación. Los bebés de seis y nueve meses no protestaron porque alguien saliera; los niños de doce meses y más protestaban por la salida de ambos padres, pero no por la del desconocido. Sus respuestas a ambos padres eran muy similares. Cerca de la mitad preferían a sus madres, estando ambos padres presentes; una cuarta parte prefería al padre y los otros no mostraron preferencia alguna. Por otro lado, Cohen y Campos (1974), encontraron que los bebés de 10, 13 y 16 meses estaban más vinculados a sus madres que a sus padres, aunque más vinculados a sus padres que a los extraños.

Por otra parte, en un estudio longitudinal hecho por Lamb (1977), se encontró que los niños de 7, 8, 12, y 13 meses no mostraron preferencia por ninguno de sus padres, aunque sí denotaron preferencia de éstos sobre una persona relativamente desconocida. Durante el segundo año de vida la situación cambió. Los varones enfocaron sus conductas de apego hacia sus padres, mientras que las niñas no mostraron preferencia por ninguno de los dos. Estas diferencias pueden deberse a que los padres tienden a interactuar más con sus hijos que con sus hijas desde poco tiempo después del nacimiento de éstos. Este comportamiento se ve notablemente incrementado durante el segundo año de vida, cuando los padres dirigen

mayor número de conductas sociales hacia sus hijos que hacia sus hijas, platican con ellos, juegan con ellos y su estilo vigoroso y estimulante hace que los pequeños se entusiasmen con su presencia.

Los roles tradicionales de los padres influyen en el estilo de interacción que tengan con sus hijos. Las madres son asociadas con los cuidados del niño y prefieren la interacción verbal, los padres son asociados más bien con juegos de tipo físico. Estos patrones de comportamiento juegan un papel importante en el inicio de los roles sexuales y la identidad del niño (Lamb,1981).

La calidad de apego temprano con el padre es un factor importante en el establecimiento del rol sexual y el desarrollo de la personalidad en el niño. Los primeros tres años de vida son de crucial importancia en la formación de la identidad sexual del individuo, por lo que la ausencia temprana del padre parece interferir en el desarrollo de la orientación del rol sexual. La ausencia del padre antes de los cuatro o cinco años parece ejercer un efecto retardante en el desarrollo de la masculinidad (Lamb,1981).

En resumen, de acuerdo a los autores revisados, se puede decir que el niño puede sufrir los efectos del divorcio de sus padres aun antes de su nacimiento debido a que durante la vida intrauterina el estrés de la madre es transmitido a su hijo a través del torrente sanguíneo.

Los hijos de padres divorciados menores de tres años, también pueden verse afectados por el estado emocional de la madre ya que en muchas ocasiones ésta, alterada por la separación, no proporciona al pequeño el cariño y la estimulación que él requiere, y el padre, que juega un papel muy importante en la vida del niño no está presente.

La carencia de cariño, protección, estimulación y confort en los

niños de estas edades puede producir trastornos en su desarrollo emocional. A continuación veremos los efectos del divorcio en el desarrollo del preescolar.

2.2 PREESCOLARES.

Los años preescolares son decisivos en el desarrollo de la personalidad del niño. Durante este período el pequeño desarrolla muchos rasgos de personalidad que perdurarán a lo largo de su vida. Es precisamente durante estos años cuando el divorcio produce los efectos más negativos en el niño debido a que su nivel de desarrollo cognoscitivo le impide tener una visión clara de los motivos del mismo por lo que éste le produce confusión. El niño es afectado en mayor grado que la niña ya que por lo general su custodia le es concedida a la madre, perdiendo así a su principal figura de identificación (Fry y Addington, 1985).

Como se mencionó anteriormente, de acuerdo a la teoría del desarrollo psicosexual de Freud, en esta etapa, el niño, como resultado del complejo de Edipo, reprime sus impulsos hostiles y eróticos hacia sus progenitores identificándose con el padre del mismo sexo. El niño varón desea ser como su padre, por lo que se siente impulsado a actuar como si poseyese los pensamientos, sentimientos y características del mismo. De esta manera aprende a actuar de acuerdo a su rol sexual definiendo así su identidad (Lamb, 1981).

La identificación es un proceso fundamental en la socialización del niño, desempeñando un papel muy importante en el desarrollo de la conciencia moral o superyó, la cual le permite hacer juicios sobre lo correcto e incorrecto y actuar de acuerdo a esos juicios. El niño, al identificarse con su padre, adopta las normas y prohibiciones trazadas por éste, adquiriendo así la facultad de castigarse a sí mismo cuando viola o intenta violar alguna de esas normas. Este castigo es experimentado como sentimiento de culpa que el niño tratará de evitar actuando de acuerdo a las normas paternas incorporadas a su personalidad (Papalia y Olds, 1990).

El inicio de la conciencia va acompañado del sentimiento de culpa el cual a su vez está unido a la egocentricidad que gobierna al niño de esta edad. Esto da como resultado que el hijo se sienta culpable de la separación de sus progenitores. El trata de descubrir los motivos del divorcio, sin embargo, todavía no logra integrar sus descubrimientos y yuxtapone eventos independientes y sin relación de manera causal. Su razonamiento egocéntrico hace que sus explicaciones se centren en sí mismo, conceptualizando el divorcio como algo que sucedió entre él y sus padres como resultado de su mala conducta (Kelly y Wallerstein, 1976, citados en Longfellow, 1980). Ahora bien, en concordancia con la teoría psicoanalítica freudiana, debido a que el niño está atravesando por la etapa edípica, piensa que su deseo de que su muy admirado padre desapareciera se ha cumplido y ahora él ha tomado su lugar en el hogar. Este pensamiento realmente lo asusta ya que piensa que su padre va a regresar a vengarse, por lo que trata de tener una conducta intachable para que las cosas vuelvan a la normalidad (Francke, 1984).

En un estudio realizado por Wallerstein y Kelly en 1980, se encontró que las respuestas típicas de estos niños sobre la separación de sus padres incluyeron regresión, baja autoestima, y uso excesivo de culpa. El niño tratará de portarse lo mejor posible para que sus padres olviden sus travesuras. Evita hacerlas por el sentimiento de culpa que se refleja en forma de baja autoestima.

Después del divorcio, el preescolar se obstina en que su grupo familiar sea restablecido y en un intento por liberarse del estrés utiliza la negación mediante el juego simbólico. La negación puede servir como amortiguador temporal del dolor, pero si se prolonga puede impedir que el niño acepte el divorcio y continúe su desarrollo. Cuando el pequeño

mediante el juego simbólico insiste en colocar a la figura paterna en la cama con la madre un año después de la separación, es indicio de que las cosas no van del todo bien (Francke,1984).

El deseo del niño de mantener a su familia unida es más grande que un simple pensamiento ansioso y se basa en el temor a ser abandonado. Aunque tiene la edad suficiente para darse cuenta de la separación de sus padres y de las diferencias físicas de éstos, continúa pensando en ellos como unidad y siente que la pérdida de uno hace inminente la del otro, por lo que tiene miedo de quedar totalmente abandonado. Al no entender la diferencia entre el amor de marido y mujer y el de padres e hijos, intiere que si sus padres dejan de amarse pueden dejar de amarlo también a él. La ansiedad de separación que a esta edad debería disminuir puede aumentar. La partida del padre o de la madre, aunque sea por un tiempo breve, intensifica el miedo del niño a que no regrese, por lo que se mostrará angustiado ante aquellas despedidas cotidianas que antes del divorcio no ocasionaron problema, por ejemplo, cuando es dejado en el kinder o a la hora de dormir. Puede ser que el niño llore y se aferre a su madre en el momento en que es separado de ella, y ésta responda con enojo a tales conductas por lo que el niño puede sentir más miedo y rechazo justo cuando más apoyo necesita. Los miedos comunes en los niños de esta edad tales como miedo a la obscuridad, a los insectos, etc. pueden verse incrementados debido a que el niño siente que su seguridad es amenazada. La ansiedad de separación puede incluir a perder a madres simbólicas como puede serlo la maestra del kinder (Teyber,1987).

En un estudio hecho por Stirtzinger,1987, en el cual se analizó el dibujo libre en niños preescolares provenientes de familias divorciadas, se observó que éstos mostraron un interés especial en el dibujo de casas en

comparación con los niños de familias intactas quienes prefirieron dibujar figuras humanas o animales. El dibujo de la casa posee un significado simbólico para el preescolar que ha perdido su hogar. La evocación de imágenes de éste representa para el pequeño un medio para desviar la ansiedad creada por la separación de los padres. Por otra parte, como se mencionó anteriormente, los niños de esta edad relacionan información que no tiene ninguna conexión de manera causal, por lo que piensan que si su vida en el hogar familiar ha terminado su relación con sus padres también va a terminar.

Las investigaciones demuestran que todos los niños de todas las edades muestran algún grado de regresión después del divorcio (Hetherington, Cox y Cox, 1977; Wallerstein y Kelly, et al. , 1976, citados en Stirtzinger, 1987). La regresión es la reacción más universal de los hijos de padres divorciados, la cual puede manifestarse en diversas formas, por ejemplo: el niño que ha aprendido a comer con la cuchara repentinamente comenzará a comer nuevamente con los dedos. El niño que ha aprendido a usar el baño puede regresar a mojar nuevamente su ropa. La audacia e intrepidez que caracterizan a los niños de esta etapa pueden ser sustituidos por la timidez y la precaución. Muchos vuelven a chuparse el dedo, a depender de su muñeco de peluche o a hablar como bebés (Francke, 1984).

Igualmente su coordinación motora puede retroceder. En vez de moverse con más agilidad que antes, el preescolar regresivo puede retornar a los movimientos de los dos años, usando su cuerpo como una sola pieza en vez de diferenciar las acciones del mismo con movimientos más finos (Francke, 1984).

La habilidad para aprender y para recordar también pueden verse

alteradas por la regresión. Con frecuencia estos preescolares en el salón de clases, se pierden en la amnesia al hacerles preguntas cuyas respuestas ya conocían, preguntando una y otra vez por el nombre de objetos familiares (Francke,1984).

La tristeza de estos niños es profunda y no es fácil distraerlos por medio de actividades. En aquellos hogares en los que el divorcio es manejado amigablemente por los padres, el período de regresión puede ser corto, pero en los casos en los que el estrés continúa, los síntomas pueden prolongarse (Francke,1984). Asimismo Kelly y Wallerstein en 1980, encontraron que existe una correlación significativa entre la extensión de la hostilidad entre los padres y el ajuste del niño. Sin embargo, en un estudio hecho por Heltherington, Cox y Cox, 1978 (citado en Lamb,1981), en el que se evaluó el impacto del divorcio en niños pequeños, se encontró que aun cuando la relación entre los padres sea conflictiva, las buenas relaciones entre madre e hijo parecen amortiguar los problemas de ajuste.

Si bien ya nos referimos al juego simbólico en cuanto a la negación, también se ha visto que los niños con trastornos emocionales muestran desorganización y rigidez en el mismo, el cual es un indicador muy confiable del estrés psicológico de éstos. El juego simbólico es considerado como el principal recurso mediante el cual ellos pueden acoplarse a las demandas cognitivas, afectivas y sociales del crecimiento. Los niños que muestran mayor imaginación en el juego tienen mayor facilidad para expresar sus emociones y un afecto más positivo que aquellos niños que tienen poca imaginación. La imaginación en el juego es asociada con autocontrol, menor impulsividad y bajo nivel de agresión así como con participación, cooperación, independencia y madurez social. Los hijos de padres divorciados quienes mostraron menor imaginación en el

juego fueron descritos como menos sociables, más impulsivos, rebeldes ante la autoridad y con menor autocontrol que aquellos niños de familias intactas (Stirtzinger,1987; Hetherington, Cox y Cox,1979).

En un estudio longitudinal hecho por Hetherington, Cox y Cox en 1979, con 48 niños preescolares de familias divorciadas y 48 de familias intactas, se observó que los patrones de juego de los niños de familias divorciadas en comparación con aquellos de familias intactas fueron menos maduros tanto cognitiva como socialmente mostrando mayor rigidez y limitaciones en su temática. Las relaciones sociales de estos preescolares también se vieron afectadas. Los niños de ambos sexos mostraron conductas socialmente inadecuadas después del divorcio tales como agresividad, oposicionismo, dependencia, etc, por lo que fueron rechazados por sus compañeros. Estas conductas desaparecieron rápidamente en las niñas por lo que fueron aceptadas nuevamente por sus amigos, mientras que los niños continuaron presentando estos patrones de conducta por lo que no fueron aceptados. Después de dos años cuando se observó una notable mejoría en la conducta de los niños de ambos sexos, los varones continuaron siendo rechazados por sus compañeros del mismo sexo y edad ya que éstos habían aprendido a evitarlos, por lo que tuvieron dificultad para tener acceso a grupos de juego. Estos optaron por buscar la compañía de niños más pequeños o de niñas.

Los preescolares pueden presentar un enojo mal enfocado el cual se manifiesta de manera distinta en los niños que en las niñas. Algunas niñas introyectan el enojo y llegan a ser extremadamente quietas y deprimidas. Los niños lo demuestran y llegan a ser ariscos, quisquillosos, de mal genio, llorones y autoritarios o incluso pueden llegar a dañarse físicamente. Ellos tienden a dirigir su enojo hacia afuera, expresando

aquella depresión a través de una conducta odiosa y ofensiva. A menudo alternan entre la brabuconería y el comportamiento de un bebé llorón, buscando cualquier pretexto para correr con su mamá a que los conforte (Francke, 1984). Sin embargo, los niños reciben menos consuelo al llanto y estrés del que reciben las niñas ya que según los roles sexuales marcados por la sociedad, las niñas son percibidas como con mayores requerimientos de apoyo en momentos de estrés. De la misma manera, los signos de necesidad emocional son menos aceptables en los niños que en las niñas (Teyber, 1987; Hetherington, Cox y Cox, 1979).

Por su parte, Mackinnon, Brody y Stoneman en 1987, encontraron que los preescolares provenientes de familias divorciadas, principalmente los niños varones, recibieron menor estimulación cognitiva y social que aquellos niños de familias intactas.

Como se mencionó anteriormente, los niños varones muestran patrones de conducta más negativos que las niñas, por lo que las madres pueden sentirse fatigadas por el hecho de tener que disciplinar a sus hijos y ya no denoten interés en realizar actividades suplementarias con ellos tales como jugar o leerles un cuento. Es posible que la reducida estimulación sea un factor que contribuya al mal comportamiento de los niños (Mackinnon, Brody y Stonemman, 1987).

Por otro lado, se ha visto que los hijos varones de familias divorciadas que son separados del progenitor masculino antes de los cinco años, tienden a presentar conductas menos masculinas, son más dependientes y menos agresivos que aquellos de familias intactas (Mussen, 1990). Sin embargo, en un estudio hecho por Hetherington, Cox y Cox, 1978 (citado en Lamb, 1981) con niños preescolares, se encontró que la actitud de la madre ante la masculinidad del niño, tiene efectos en el

desarrollo de la misma. Las madres que reforzaron las conductas masculinas de sus hijos, animándolos a comportarse en forma independiente y madura, sin mostrar ansiedad por el temor de que éstos sufrieran algún daño y adoptando una actitud positiva respecto de los varones, principalmente ante la semejanza que el niño pudiera tener con su padre, facilitaron el desarrollo de la masculinidad. En contraste, una combinación de temor e inhibición maternal, desanimando la independencia y una actitud negativa hacia su ex- esposo, fueron asociados con ansiedad, dependencia y patrones femeninos de conducta en los niños de padres ausentes.

En conclusión, se puede decir que los preescolares son vistos como el grupo de niños más vulnerables ante el divorcio de sus padres debido a que su nivel de desarrollo cognoscitivo les impide tener una representación clara de los eventos.

El sentimiento que predomina en los niños de esta etapa ante la ruptura familiar es el sentimiento de culpa, el cual es producto tanto de los conflictos edípicos como de la egocentricidad que caracteriza a los niños de estas edades. Ellos utilizan la negación a través del juego simbólico y la regresión como recursos para disminuir su estrés.

A continuación se analizarán los efectos del divorcio en los niños que atraviesan por la etapa de la temprana latencia

2.3 SEIS A OCHO AÑOS.

Como se mencionó anteriormente, entre los seis y los doce años el niño atraviesa por el período del desarrollo al que Freud denominó latencia. Este estado se subdivide en temprana latencia, que abarca de los seis a los ocho años y latencia tardía, de los nueve a los doce.

Durante la temprana latencia los niños muestran gran interés por su grupo de amigos. Sin embargo, sus padres son todavía el centro de sus vidas. Generalmente ellos se sienten orgullosos de sus progenitores, los quieren, los respetan y confían en ellos. Su conducta está motivada en gran parte por complacerlos y el concepto que tengan de sí mismos depende en gran medida de la aprobación o desaprobación que reciban de éstos. La pérdida de uno de ellos puede ocasionar serios trastornos emocionales en los niños de estas edades (Francke, 1984).

En un estudio longitudinal hecho por Wallerstein y Kelly en 1976, con 26 niños de familias divorciadas que se encontraban en la etapa de la temprana latencia, se observó que la respuesta predominante de los niños de estas edades ante el divorcio de sus padres fue de profunda tristeza. A diferencia de los preescolares quienes pueden utilizar la negación a través del juego de fantasía convenciéndose a sí mismos de que las cosas están bien, a los niños de estas edades ya no les es posible debido a que están más conscientes de su sufrimiento, por lo que les es más difícil obtener consuelo. El impacto del divorcio es tal que los mecanismos de defensa adecuados a su edad no resultan suficientes bajo tal estrés, dando como resultado un profundo dolor e inmovilización ante la solución del mismo. Tampoco pueden distraerse realizando actividades individuales o grupales tales como sumergirse en la lectura de un buen libro o destacar en algún equipo deportivo como lo hacen los niños mayores, ni son lo

suficientemente maduros como para utilizar los mecanismos de luto, negando y apesadumbrándose, incorporando lentamente la pérdida en su vida. De esta manera, vulnerables y desprotegidos no hacen nada por mitigar su estrés. Asimismo, en estudios hechos por Richards (1988) y Whitehead (1979) citados en Goodyer (1990), se reportó que aun cuando los niños de estas edades muestran una mayor comprensión de su situación ante el divorcio de sus padres que los preescolares, todavía no tienen la capacidad para superar sus dificultades emocionales.

Wallerstein y Kelly (1976), también reportaron que debido a que los niños durante la temprana latencia estuvieron más conscientes de sus sentimientos que los preescolares, a muchos les fue posible abrirse y admitir abiertamente su tristeza, lo cual es un indicador del desarrollo de la conciencia de los estados emocionales. Lo que resultó muy difícil para estos niños fue admitir el enojo hacia sus padres, especialmente hacia la figura masculina, lo cual les ayudaría a disminuir su estrés. Su nivel de desarrollo cognitivo social no les permite comprender que pueden tener dos sentimientos opuestos hacia la misma persona como lo son el amor y el enojo. Para ellos son uno u otro y con mayor frecuencia ellos escogen el amor.

A diferencia de los preescolares, los niños de estas edades no se culpan por el divorcio de sus padres. Sin embargo, tienen intensos sentimientos de abandono y rechazo, sobre todo los más pequeños. Ellos se sienten abandonados por el padre que partió y temen incurrir en la ira de la madre por el temor de que también los abandone. No parecen entender que el padre y la madre eran infelices en sus relaciones maritales y que su mutua insatisfacción los condujo al divorcio. Piensan que uno de sus padres se enojó y se fue o hizo que el otro se fuera. Ellos están

convencidos de que si incurren en la misma falta puede desencadenarse la misma situación (Wallerstein y Kelly, 1976).

De acuerdo a Francke, el divorcio provoca sentimientos de pánico en los niños de seis, siete y ocho años. La partida de uno de sus padres amenaza la seguridad de todo su mundo protector y sienten que no hay un lugar seguro para que ellos crezcan. Son infelices en cualquier lugar en donde se encuentren ya que cuando están con el padre custodial extrañan al otro y viceversa. Sienten que las relaciones con sus progenitores son frágiles y que en cualquier momento pueden ser abandonados debido a que no entienden la indisolubilidad del amor de los padres. A diferencia de los preescolares, se sienten menos reemplazables, sin embargo, piensan que pueden ser olvidados fácilmente si no mantienen una relación estrecha con el padre no custodial, por lo que tratan de mantenerse en contacto con él a toda costa, a pesar de que en algunas ocasiones el custodial trate de evitarlo (Francke, 1984).

Los hijos de padres divorciados pueden sentir que repentinamente han perdido a ambos padres ya que el padre se ha ido de la casa y la madre, alterada por la ruptura y casi siempre agobiada por las preocupaciones económicas, puede ser que se encuentre deprimida y se retire en un estado de incomunicación y pasividad. En muchas ocasiones la madre puede estar luchando por las exigencias que se derivan de ser una madre sola, asumiendo funciones que solía desempeñar con su marido, quizá trabajando fuera del hogar. Probablemente también esté tratando de establecer una nueva red de amistades o esté saliendo con un nuevo amigo por lo que dispone de menos tiempo para dedicar a sus hijos y la atención que les proporcione puede que sea casi nula. Estos pequeños tienen sentimientos de privación muy profundos. Se dan cuenta de que tienen los derechos

correspondientes a la niñez y que carecen de las atenciones proporcionadas a sus amigos de la misma edad, por lo que se pueden sentir defraudados y resentidos. Quizá una niña puede sentirse la única que no tiene una mamá que le cocine galletas, o el niño puede sentir que es el único que no tiene un papá que practique con él fútbol por la tarde. Aunque estos niños no están abandonados en el sentido legal de la palabra, lo están emocionalmente, y no solamente están muy solos, sino que también debido a que los padres muchas veces están duramente presionados, descargan en ellos tareas y responsabilidades muy pesadas para su corta edad, por lo que pueden sentirse exhaustos y resentidos (Teyber,1987; Francke,1984).

Los hijos de padres divorciados pueden tratar de compensar sus sentimientos de privación demandando regalos extras, por ejemplo, una bicicleta más veloz u otro par de zapatos. También pueden tener tendencia a decir mentiras. Estos niños inventan hazañas o exageran las cosas, por ejemplo, un niño puede decir que fue a Cancún cuando en realidad fue a remar a Chapultepec. Igualmente pueden fantasear acerca de la frecuencia con la que ven al padre no custodial, diciendo por ejemplo que su padre los visita diariamente cuando en realidad ni siquiera les llama por teléfono (Wallerstein y Kelly,1976).

A estas edades, cuando los niños comienzan a ser generosos con sus posesiones, pueden volverse nuevamente posesivos. Tienen suficientes razones para pensar que si no se afianzan a sus pertenencias pueden perder aún más. Inseguros hacia el futuro y difícil el presente algunos comienzan a robar. Esto no quiere decir que el divorcio provoque una vida de delincuentes, pero los sentimientos de privación pueden provocar que el niño trate de coleccionar objetos con un sentimiento de que si no lo hace en ese momento quizá nunca más pueda obtenerlos (Wallerstein y

Kelly, 1976; Francke, 1984).

Por otra parte, se ha visto que en esta etapa los niños sienten una fuerte necesidad de contar con una figura de identificación. Como se mencionó anteriormente, el niño, al resolver el conflicto de Edipo, se identifica con el padre del mismo sexo. Debido a que esta resolución todavía es muy reciente, el hijo varón se siente inseguro al no contar con ese patrón masculino que lo guíe en su forma de actuar (Wallerstein y Kelly, 1976).

El niño varón, en el deseo de ser como su padre, puede tratar de imitar conductas propias del rol paterno, por ejemplo, tomando el lugar que su padre ocupaba en la mesa a la hora de comer, preguntando en la gasolinera por la presión de las llantas o informándose por el precio de un portafolio en lugar del de una mochila. Este tipo de conductas pueden proporcionar al niño cierta seguridad al creer que posee las características y aptitudes del modelo, además de que representan un vínculo afectivo entre él y su progenitor. Sin embargo, la identificación no siempre va acompañada de efectos positivos en la personalidad del niño. En un sentido negativo el niño puede imitar las peores conductas de su padre antes de la separación, esto es, también se puede dar una identificación negativa que el niño puede utilizar como defensa contra aquellos sentimientos inaceptables provocados por la partida del padre tales como la tristeza, miedo a ser abandonado, enojo y baja autoestima (Chethick, Dolin, Davies, Lohr y Darrow, 1986).

Algunas veces el niño siente la carencia del rol modelo al no poder realizar con su madre actividades propias de su sexo, las cuales realizaba en compañía de su padre y le producían diversión y entretenimiento tales como armar un avión o reparar una bicicleta. Percibe

a su madre como incompetente en este aspecto (Francke,1984).

En su deseo de llenar la necesidad de tener un padre, el niño varón busca con insistencia un modelo de identificación y lo puede encontrar por ejemplo, en su maestro del colegio al cual puede llegar a admirar, prefiriendo su compañía a la de sus amigos de la misma edad. Por esta razón, a estas edades, los niños aceptan con facilidad la presencia de un padrastro en casa (Wallerstein y Kelly,1976).

Poco después de la mudanza del padre, el niño puede llegar a sentirse muy triste, especialmente si no mantiene un contacto estrecho con él, y si éste continúa mostrando desinterés por el hijo, el pequeño puede caer en la depresión (Teyber,1987). Por otra parte, Hunlley, Phelps y Rehem (1987), realizaron un estudio con niños de seis a diez años con el propósito de analizar la depresión en hijos de familias de un solo padre. Se reportó que aquellos niños varones que han perdido a su padre a causa del divorcio tienen mayor riesgo a la depresión que las niñas que se encuentran en la misma situación.

Sin embargo, se ha visto que la partida del padre o de la madre, aunque sea por un tiempo breve, intensifica el miedo en el niño de que no regrese. La alternativa de mantener a estos niños en contacto frecuente y sistemático con sus padres tiene sus inconvenientes debido a que ese ir y venir de la casa materna a la paterna y viceversa puede ser muy estresante y ocasionar trastornos y confusión emocional en niños menores de ocho años. Debido a que ese cambio generalmente se realiza los fines de semana se le ha llamado síndrome del domingo en la noche (Francke,1984).

En un estudio hecho por Johnston, Kline y Tschann (1989), se encontró que el acceso frecuente y sistemático a ambos padres fue asociado con más problemas emocionales y conductuales en los niños. Esto

puede deberse a que los padres tienden a agredirse en forma verbal y hasta físicamente cuando se encuentran en este tipo de arreglo. Estos resultados coinciden con aquellos obtenidos por Wallerstein y Kelly (1980), quienes reportaron que los niños con mayor acceso a sus padres están más expuestos a la hostilidad entre los mismos. Los padres con frecuencia utilizan a sus hijos como un medio para expresar su intenso enojo cada vez que los dejan y los recogen de los sitios convenidos cuando se realiza la visita. Los niños que atraviesan por la temprana latencia no pueden hacer nada por liberarse del conflicto entre sus padres como lo hacen los niños que atraviesan por la latencia tardía, quienes pueden expresar libremente su enojo o simplemente se niegan a ser utilizados en esa forma. Los más pequeños sólo se hundieron en una profunda tristeza. Sin embargo, si de la relación que el niño tenga con cada uno de sus padres recibe confianza, motivación y trato adecuado, crecerá con la seguridad de que dichas relaciones son firmes, sintiendo que aún es amado y recordado, no obstante que cada proceso de separación y reencuentro sea doloroso.

Los padres transmiten con frecuencia a sus hijos el mensaje de que deben tomar partido, sin embargo, los niños de estas edades continúan siendo leales a ambos. Esta situación les produce un conflicto interior tan grande que pueden llegar a desarrollar problemas emocionales graves (Wallerstein y Kelly, 1976; Teyber, 1987). Al parecer el niño necesita del apoyo de ambos padres a pesar de que esto le produzca dolor. Esto probablemente se deba tanto a la reciente resolución de los conflictos edípicos como al miedo que el niño tenga a volver a aliarse a sólo uno de ellos (Wallerstein y Kelly, 1976).

El niño aprende a no decir que extraña a su padre por el miedo a incurrir en la ira de su madre, aprende qué es seguro y qué no es seguro

decr. Como se mencionó anteriormente, teme que si su madre se enoja lo castigue, o peor aún lo abandone, por lo que mantiene sus sentimientos reprimidos (la represión es un proceso psíquico mediante el cual las percepciones e ideas que serían dolorosas para la conciencia permanecen en el inconsciente). La represión en niños tan pequeños puede desencadenar trastornos emocionales difíciles de remediar (Francke,1984).

Por otra parte, Bonkowski, Boomhower y Bequette (1985), reportaron que durante la latencia los niños muchas veces no se atreven a expresar sus sentimientos de tristeza y enojo directamente a sus padres debido a que temen que éstos se sientan responsables de haber causado dichos sentimientos.

Debido a que las situaciones que acompañan al divorcio generalmente producen ansiedad, algunos niños no responden a la depresión abiertamente, sino que más bien a través de símbolos que representan daño, muerte, pérdida y vacío, lo cual se ve reflejado en el dibujo proyectivo. Otros tratan de aparentar serenidad y despreocupación respecto al conflicto por el cual están atravesando, evitan tocar el tema y no responden abiertamente a las preguntas relacionadas con su estado de ánimo. Dan la impresión de saber que sus mecanismos de defensa son todavía muy frágiles (Wallerstein y Kelly,1976).

El profundo pesar de un padre puede incrementar los miedos de estos niños y en el divorcio esto sucede con frecuencia. Por ejemplo, cuando el niño llora su madre lo consuela, pero ésta se siente culpable de la tristeza de su hijo y también puede comenzar a llorar, denotando su estrés. El niño se dará cuenta de que su madre estuvo controlando el llanto por él y que ahora está llorando por ella misma. Percibe que está muy afectada y que de esa forma no le va a ser posible darle protección, por lo

que puede sentir más miedo del que antes sentía (Francke,1984).

Durante esta etapa los niños pueden sentir que todo está perdido: un padre, la atención de ambos, dinero extra, etc. Si los padres hacen comentarios como "¿Qué vamos a hacer?" o "¿Qué va a ser de nosotros?", para el nivel de razonamiento del niño significará que no habrá ropa, comida, regalos de Navidad o una cama donde dormir. Aunque ya tienen una mayor comprensión de la realidad que los preescolares, su imaginación les hace suponer calamidades con frecuencia ya que son lo suficientemente grandes para percibir la hostilidad de su entorno (Francke,1984).

En resumen se puede decir que la respuesta predominante de los niños que atraviesan por la etapa de la temprana latencia ante el divorcio de sus padres es de profunda tristeza la cual les resulta difícil de superar. Aunque están más conscientes de su sufrimiento que los niños más pequeños, sus mecanismos de defensa y sus estrategias de enfrentamiento no resultan suficientes para mitigar sus sentimientos de pérdida, rechazo, desamparo, temor, abandono y soledad.

Generalmente estos pequeños muestran profundos sentimientos de privación debido a que sus padres muchas veces están muy ocupados en los nuevos roles que tienen que desempeñar o se encuentran alterados por el divorcio, por lo que la atención que les proporcionan a sus hijos puede ser muy escasa. Los niños pueden llegar a sentirse resentidos y expresar sus sentimientos de privación volviéndose demandantes, posesivos y con tendencia a decir mentiras.

Con frecuencia los padres utilizan a sus hijos como instrumentos para agredir a su ex-cónyuge, provocando en los niños intensos conflictos de lealtad que pueden desencadenar problemas emocionales graves. Durante estas edades los pequeños no denotan preferencia por ninguno de sus

progenitores reprimiendo así sus sentimientos.

Durante esta etapa los niños pueden sentir que su supervivencia está amenazada ya que perciben que su medio ambiente es hostil e inseguro.

A continuación veremos los efectos del divorcio en el desarrollo emocional y cognoscitivo de los niños que atraviesan por la etapa de la latencia tardía.

2.4 NUEVE A DOCE AÑOS.

Durante la latencia tardía que como se mencionó anteriormente, es la etapa del desarrollo psicosexual de Freud que abarca de los nueve a los doce años, los niños han alcanzado un nivel de desarrollo físico y cognoscitivo tal, que les permite tener una visión más clara del divorcio y de su papel dentro del mismo, así como una mayor capacidad para enfrentarse de manera más efectiva de lo que lo hacen los niños más pequeños, a sus sentimientos y temores ocasionados por la ruptura familiar, evitando así caer en la depresión (Kelly y Wallerstein, 1976).

Kelly y Wallerstein (1976), realizaron un estudio longitudinal con 31 hijos de padres divorciados que atravesaban por la etapa de la latencia tardía. Se encontró que estos niños, a diferencia de aquellos que se encontraban en la temprana latencia, quienes se mostraron paralizados ante su situación, fueron capaces de desviar su sufrimiento a través de la planeación y organización de actividades tanto de tipo físico como intelectual.

Los niños de estas edades cuentan con un desarrollo físico que les permite formar parte de un equipo deportivo en el que pueden tener desgaste físico y amistad con otros niños de su edad sin necesidad de que sus padres estén presentes. De hecho, estas actividades llaman más la atención de los niños durante esta etapa que la continua permanencia en el hogar, independientemente de si sus padres están divorciados o no. Esto ayuda a los hijos de padres divorciados ya que durante estas actividades no están pensando en su situación familiar (Francke, 1984).

Como se mencionó al principio de este capítulo, el nivel de desarrollo cognoscitivo de estos niños les permite tener una mejor comprensión de las razones de la separación. Están comenzando a entender

las debilidades de las relaciones humanas y pueden percatarse de que el divorcio fue el resultado de los problemas entre sus padres específicamente. Sin embargo, a estas edades son muy sensitivos y entienden lo que está sucediendo por lo que pueden verse afectados emocionalmente. Un niño de doce años comentó: "Si mis padres realmente me amaran hubieran permanecido juntos y me hubieran hecho feliz, ahora me doy cuenta de que tuvieron que buscar su propia felicidad". A pesar de que ya comprenden los motivos del divorcio, las fantasías de reconciliación aún existen, pero por otra parte, se dan cuenta de los beneficios que trae consigo el divorcio, no sólo para ellos mismos, sino también para sus padres (Francke,1984).

El sentimiento que caracteriza a los niños de esta etapa bajo las condiciones de divorcio, es de enojo consciente y profundo, el cual difiere de aquél manifestado por los niños de etapas anteriores ya que está bien organizado y claramente dirigido hacia el padre que consideran culpable de la ruptura familiar. Algunas veces el enojo va acompañado de cierta indignación moral ya que juzgan que aquel padre que ha corregido su conducta ahora se comporta de una manera inmoral e irresponsable. A diferencia de los niños más pequeños, quienes reprimen su enojo hacia el padre, éstos parecen buscar la oportunidad para manifestarlo, vengándose del progenitor al cual consideran culpable del divorcio. Generalmente se ponen a favor de la madre, elevando su nobleza al grado de virtud; se sienten traicionados y defraudados por el padre que ha violado las promesas del matrimonio y ha hecho infeliz a su madre, a quien quizá consideran la mejor madre del mundo. Este enojo puede incrementarse especialmente cuando el padre trata de comprar el afecto del niño (Kelly y Wallerstein, 1976; Francke,1984).

Bonkowski, Boomhower y Bequette (1985), realizaron un estudio con 46 hijos de padres divorciados que se encontraban en la etapa de la latencia. El propósito de esta investigación fue explorar los sentimientos y temores de los niños de estas edades referentes a la separación de sus padres. Con este fin, se pidió a estos menores que redactaran cartas dirigidas a sus progenitores comunicándoles todo aquello que desearan compartir con ellos. Al mismo tiempo, se les aseguró que estas cartas no serían remitidas a sus destinatarios, sin embargo, podrían ser leídas por un grupo privado de lectores. Al analizar el contenido de las mismas se observó que la mayoría de los niños que se encontraban en la etapa de la latencia tardía tendieron a expresar enojo en sus escritos, lo cual coincide con los estudios hechos por Wallerstein y Kelly citados anteriormente.

Se ha visto que a los niños de estas edades ya les es posible usar una variedad de mecanismos de defensa para enfrentarse a sus sentimientos. Por ejemplo, el enojo puede ser una forma exitosa de desviar la tristeza. Sin embargo, este enojo puede prolongarse demasiado o puede llegar a ser tan fuerte que el niño sea incapaz de soportarlo y finalmente sufra una depresión (Francke,1984; Wallerstein y Kelly citados en Levitin,1979; Lamb,1981).

Wallerstein y Kelly (1976), reportaron que durante esta etapa los niños tratan de ocultar sus sentimientos de sufrimiento con el propósito de mostrarse más valientes ante los demás. Esto se debe a que su nivel de desarrollo cognoscitivo les permite verse a sí mismos como podrían verlos otras personas. Así, ellos se dan cuenta de que la gente puede sentir o pensar de una forma pero actuar de otra. También se observó que la mayoría de los niños tuvieron más facilidad para expresar su pesar a los investigadores que a sus padres.

Los niños de estas edades también sintieron vergüenza por el divorcio de sus padres y por la conducta de los mismos. Este sentimiento no aparece sino hasta esta etapa en la que el nivel de razonamiento social de estos niños les permite observar a su situación familiar desde una perspectiva exterior y ver que la conducta conflictiva de sus padres es deplorable. Se dan cuenta de cómo pueden ver a su familia otras personas lo cual les produce vergüenza (Wallerstein y Kelly, 1976).

Debido a que los niños de estas edades se ven más crecidos físicamente de lo que están emocionalmente, sus padres ya no los protegen tanto de sus sentimientos de enojo como sucede con los más pequeños sino por el contrario, en ocasiones los utilizan como mediadores ya que es una forma fácil de comunicarse y confrontarse con el otro progenitor. Estos niños, como mensajeros de malas noticias, suman el enojo de sus padres al propio, pudiendo llegar a sentir odio hacia ellos ya que se dan cuenta de que únicamente son utilizados como instrumentos de batalla (Francke, 1984). Asimismo, pueden llegar a desarrollar sentimientos muy profundos de soledad al sentirse utilizados por sus progenitores como medios de agresión y no ser tomados en cuenta para las decisiones familiares. Por otra parte, también sienten que sus necesidades emocionales no son satisfechas ya que sus padres se encuentran preocupados por sus propios conflictos y sólo les proporcionan atención superficial (como se verá más adelante con mayor amplitud). Estos niños ya no sienten temor de no ser alimentados como sucede con los más pequeños, sino más bien de no ser amados (Wallerstein y Kelly, 1976).

Todas estas situaciones conflictivas pueden provocar en los niños trastornos psicossomáticos de diferente tipo y de diferente magnitud y en casos extremos cuando los niños continúan soportando el enojo de sus

padres, pueden llegar a ser suicidas. Wallerstein, quien ha estado estudiando a familias divorciadas desde 1979 dice: "Mucho se ha escrito acerca de la proporción de los suicidas adolescentes pero la edad parece estar bajando. Yo estoy viendo a muchas más familias problema de las que ví hace diez años, seguramente el estrés es mayor". Su impresión general es compartida por Frank Williams, psiquiatra en la comunidad de Thaliens del Centro de Salud Mental de los Angeles, quien dice: "Algunas historias arrebatan el corazón". El cuenta la historia de un niño de diez años cuya madre quería llevarlo de vacaciones con ella a San Diego. Sin embargo, el padre se opuso terminantemente diciéndole al niño que su madre estaba loca, lo cual le ocasionó mucho dolor al pequeño. Williams advirtió que muchos suicidios en niños tienen su origen en situaciones como ésta, en las que el progenitor utiliza a su hijo como un medio para agredir a su ex-cónyuge (Francke, 1984).

A continuación se revisarán algunos aspectos referentes a la inversión de papeles entre padres e hijos. Los terapeutas familiares denominan a esta situación paternalización, la cual es muy común en familias divorciadas. Debido a que se presenta con mayor frecuencia en los niños de estas edades la ubicamos dentro de esta etapa del desarrollo.

2.4.1 Paternalización.

Cuando los padres se divorcian y la madre establece un hogar de un solo padre, se ve obligada a enfrentar situaciones nuevas y a asumir responsabilidades que antes eran compartidas con su ex-cónyuge. Probablemente todavía se encuentre agobiada por el estrés del divorcio, tratando de ganar una batalla custodial, esté buscando un empleo o mudándose de casa, todo esto con menos sistemas de soporte por lo que se

ve en la necesidad de buscar apoyo en sus hijos (Teyber,1987).

Debido a esta situación, en muchas ocasiones para que la familia salga adelante, los hijos de padres divorciados toman tantas responsabilidades de los adultos o intentan cubrir tantas de las necesidades emocionales de sus padres que se invierten los papeles entre padres e hijos, es decir, como se mencionó anteriormente, se produce la "paternalización" (Johnston, González y Campbell,1985; Teyber,1987).

Los estilos de "paternalización" se pueden clasificar en tres grupos principales dependiendo del tipo de responsabilidades que los padres depositen en sus hijos los cuales son: Niños que se encargan de realizar las labores propias del hogar, los que tienen que proporcionar seguridad al padre y aquellos que deben cubrir las necesidades afectivas de su progenitor.

2.4.1.1 Niños que se encargan de realizar las labores propias del hogar.

El hijo de padres divorciados se ve forzado muchas veces a crecer más rápido que el de familias intactas ya que se le asignan responsabilidades que en principio no le corresponden, sobre todo en el caso del hijo mayor, por ejemplo, se le pide que cuide a sus hermanos, limpie la casa, haga las compras, cocine o incluso trabaje fuera del hogar, a veces a costa del tiempo compartido con sus amistades (Teyber,1987; Francke,1984; Weiss,1979). Esta participación en quehaceres domésticos tiene diferente significado para el niño dependiendo de su edad. Los niños que atraviesan por la etapa de la latencia tardía pueden adaptarse exitosamente a estas necesidades y requerimientos. Sin embargo, anhelan recibir el cariño y la protección de sus padres, pero se dan cuenta de que éstos no pueden responder a dichos requerimientos, por lo que optan por

aparentar autosuficiencia. Aunque no expresen abiertamente sus necesidades, éstas se ven reflejadas en la comunicación entre padres e hijos. Esta muchas veces llega a ser difícil y degenera en pleitos cuyos orígenes desconciertan a ambos. El niño por ejemplo, se dará cuenta de que su madre (o padre) no le puede proporcionar la atención que él requiere y que tiene que conformarse con ser para ella (o él), como un sustituto del progenitor ausente, lo cual le produce un sentimiento de soledad, como se mencionó anteriormente. Por ejemplo, en algunas ocasiones el niño busca el halago que le puede dar el padre custodial cuando al llegar a casa encuentra las labores domésticas realizadas (Francke,1984).

Por otra parte, los niños en general pero muy particularmente las niñas, pueden volcarse a familias sustitutas para compensar la soledad que experimentan en la suya, queriendo pasar la mayor parte del día en casa de sus amigos y no regresar a la propia (Francke,1984).

Aunque es posible que los niños que se encuentran en la etapa de la latencia tardía, se sientan capaces de poder realizar las tareas impuestas por sus padres y esto les produzca orgullo, también pueden sentir envidia de aquellos niños que tienen pocas responsabilidades. Una niña de diez años comentó: "Si yo tuviera a mis padres estaría mejor, sería como cuando viene mi abuela. Cuando ella está aquí no tengo que preocuparme por la limpieza de la casa, está la mesa puesta, no tengo que preocuparme por ver que mis hermanos ayuden porque mi mamá no esté" (Weiss,1979).

2.4.1.2 Niños que tienen que proporcionar seguridad al padre.

En algunas ocasiones los niños tienen que proporcionar seguridad al padre por lo que son inducidos a asumir no solamente nuevas funciones

sino que también roles inapropiados tales como calmar la furia de su progenitor o aliviar sus sentimientos de depresión protegiéndolo así del estrés. Al niño se le asigna un papel de adulto en la familia y se le insta a proporcionar estabilidad y guía o control propios del rol paterno. En esta forma de inversión de papeles, los niños cuidan al adulto (Teyber,1987; Johnston, González y Campbell,1985; Wallerstein y Kelly,1980).

Muchos niños son intuitivos y se dan cuenta de las necesidades emocionales de sus trastornados padres y comprenden la fragilidad de los mismos. A veces son los niños quienes tratan de que su progenitor se sienta mejor. Una niña de nueve años comentó que su madre lloró y les pidió a ella y a su hermano que la acompañaran a dormir y la complacieron. "Yo hice que mi mamá se sintiera mejor - comentó la niña- al otro día le hice su desayuno y se lo llevé a la cama. A veces sólo le decimos que todo va a salir bien" (Kelly y Wallerstein,1980).

A menudo la carga cae sobre el niño antes de que se efectúe el divorcio ya que los padres, al no querer enfrentarse uno al otro, se hablan a través del niño y depende de éste que la familia se mantenga a flote. Craig Everett, Director de la Corte de Conciliación en Tucson Arizona dice: "Nosotros hemos estado tratando a familias en donde el pequeño hijo o hija está haciendo funcionar a la familia". El comentó el caso de una familia en la que los padres no hacían nada sin antes consultarlo con la niña de nueve años que trataban como si fuera adulto. Ella era responsable de la disciplina de su hermano y los padres le permitían aquel rol para no tener que tratar su propio conflicto (Francko,1984).

Es importante distinguir la cooperación genuina entre padres e hijos de la inversión de roles en donde la dependencia del padre sobre el niño se vuelve patológica y abrumba al pequeño durante muchos años

(Teyber,1987; Kelly y Wallerstein,1980). Ellos se sienten responsables del bienestar de sus padres. "Yo siento que tengo una responsabilidad por mi madre" -dijo una niña de once años- "Si ella está trastornada yo soy la que la conforto" (Francke,1984).

Los niños de estas edades desean pasar más tiempo con sus amigos, sin embargo, se sienten sujetos al padre dependiente. Uno de los problemas de llegar a ser prácticamente padres de sus padres es que esto les provoca un sentimiento de falla al no serles posible ocuparse por completo de las necesidades del mismo, un síndrome que a menudo es compuesto por culpa (Francke,1984).

Algunos padres custodiales comparten sus preocupaciones suicidas con sus hijos quienes se tornan muy preocupados y no pueden dormir hasta que su padre esté seguro en la cama. Algunos niños toman la responsabilidad de sus hogares y de su deprimido padre. Un niño de doce años tomó la responsabilidad de cuidar a su padre ya que éste le había comunicado su deseo de suicidarse. A pesar de haber sido un estudiante brillante comenzó a decaer, parecía haberse aplastado por el exceso de responsabilidad que aceptó prematuramente y comenzó a inmiscuirse en pequeños actos delictivos (Kelly y Wallerstein,1980).

2.4.1.3 Niños que deben cubrir las necesidades afectivas de su progenitor.

Cuando el matrimonio se termina, los adultos pierden toda la intimidad y toda la compañía que pueden haber tenido con el ex-cónyuge por lo que tratan de cubrir sus necesidades afectivas volcándose en sus hijos quienes representan nuevas fuentes de apoyo y cariño. Los niños se convierten en amigos y confidentes de sus padres quienes comparten sus preocupaciones con sus hijos y sienten que en cierta forma los entienden

(Weiss,1979; Wallerstein y Kelly,1980; Teyber,1987). Esta situación es creada por el deseo del padre custodial de tener un adulto en casa que le ayude a tomar decisiones, a tranquilizarlo y a darle consejo (Teyber,1987; Francke,1984). Los padres obtienen de sus hijos confort y cariño nutriente que puede ser llamado paternal (Teyber,1987; Weiss,1979). Sin la compañía de un adulto en casa, el padre utiliza al niño como un confidente, como un consejero o igual como un terapeuta quien amortigua sus sentimientos de soledad y desesperanza (Teyber,1987; Francke,1984; Wallerstein y Kelly,1980; Wallerstein y Blakeslee,1990).

Sin embargo, la inversión de papeles y el exceso de responsabilidades depositadas en el niño prematuramente pueden provocar reacciones emocionales negativas en éste, ya que aun cuando le haya sido posible enfrentarse con éxito a dichas responsabilidades, hay propensión al resentimiento. "El problema es que yo soy el único hombre de la casa" -dijo un niño de doce años- "Por años me he hecho cargo de cosas que no me corresponden. Quisiera llegar a casa y actuar como un niño" (Francke,1984).

Algunas veces la "paternalización" se produce porque resulta gratificante "a corto plazo" tanto para el padre como para el niño. El adulto es atendido y el niño goza del poder y la importancia de desempeñar el papel de adulto (Teyber,1987).

Los principales problemas de la paternalización no aparecen por lo común hasta la transición entre el final de la adolescencia y el comienzo de la edad adulta. Se revisarán éstos a continuación (Wallerstein y Blakeslee,1990; Teyber,1987; Francke,1984).

Cuando al crecer el niño, se da cuenta del papel inadecuado que se le ha asignado, puede llegar a sentir coraje contra el padre que lo indujo a asumirlo por lo que trata de alejarse de éste, pero el pensamiento de

abandonar al abatido padre lo hace sentir culpable, deprimido y egoísta (Teyber,1987; Francke,1984).

El problema fundamental de la inversión de papeles es que el niño está dando, en lugar de recibir. Esta inversión produce serias consecuencias que se harán evidentes cuando el niño paternalizado crezca y trate de dejar atrás la adolescencia para convertirse en adulto. Los niños que han actuado como adultos en la infancia tendrán dificultades para serlo. Ellos no pueden psicológicamente desligarse de sus padres y hacerse independientes. La dependencia que no pudo ser satisfecha en la infancia después es muy difícil de llenar. Aquellos pequeños que han perdido la oportunidad de ser niños revelan una sensación de vacío dentro de ellos.

2.4.2 Moral y Sexualidad.

Los hijos de padres divorciados con frecuencia son expuestos a las relaciones amorosas entre sus progenitores y la nueva pareja de éstos. No obstante, durante estas edades, la situación se vuelve especialmente difícil ya que los niños muestran una mayor resistencia a aceptar esta relación que los más pequeños debido a que su desarrollo moral hace que juzguen la conducta de sus padres, pudiendo considerarla indecorosa, por lo que con frecuencia se producen situaciones conflictivas entre padres e hijos. Por otra parte, la falta de discreción en cuanto a la sexualidad así como la deficiencia en la transmisión de valores morales por parte de los padres, pueden provocar el desarrollo de una conciencia sexual precoz en sus hijos. A continuación se enunciarán estos aspectos con mayor profundidad.

Como se mencionó anteriormente, el niño al identificarse con su padre, adquiere algunos de sus valores morales. Esto sugiere que la

ausencia del padre tendrá efectos adversos en el desarrollo moral del niño (Hoffman,1971). Además, estos niños muchas veces carecen de la formación moral de sus padres y tal vez crezcan con valores o hábitos transmitidos más por sus compañeros, la televisión y otros medios de comunicación que por sus familias. La vida confusa y agitada de los padres divorciados les impide entablar pláticas con sus hijos sobre sus pensamientos, sentimientos o valores. Muchas veces sólo se preocupan por proporcionarles comida, ropa limpia e información rápida, y destinan poco tiempo para el desarrollo personal (Francke,1984).

Por otra parte, de acuerdo a las teorías de Piaget y Kohlberg, el desarrollo de los valores morales es un proceso racional que coincide con el desarrollo cognoscitivo. La madurez cognoscitiva permite a estos niños hacer juicios morales y a su vez superar el pensamiento egocéntrico que caracteriza a los niños de las etapas sensoriomotriz y preoperacional (Papalia y Olds,1990).

Generalmente los niños entre los 9 y los 12 años todavía basan la mayor parte de sus actitudes sociales y valores en aquellos que sus progenitores les transmiten. Ellos buscan una estructura que sirva de apoyo a sus reglas, todavía respetan a sus padres, los quieren, y al margen de la adolescencia, los estudian cuidadosamente, viéndolos como cimientos para su propio desarrollo hacia la edad adulta (Francke,1984). No obstante, a estas edades han dejado a un lado la creencia en la infalibilidad de sus padres y de otras figuras de autoridad por lo que no aceptan sin cuestionamiento la autoridad de los adultos (Papalia y Olds,1990). Por esta razón en algunas ocasiones su estricto código moral no está de acuerdo con la actitud liberal de sus padres hacia el sexo. Ellos catalogan a las personas como de buena o mala reputación y sus padres con frecuencia

ganan todas las etiquetas malas, como sucede en los casos en los que éstos comienzan a tener episodios amorosos antes de divorciarse o igual cuando ya están legalmente separados. Los hijos pueden ver esto como un engaño y se refuerza su concepto de mal padre. En algunas ocasiones existen separaciones prolongadas entre los padres en las que simplemente están de acuerdo en vivir aparte sin la legalidad del divorcio, pudiendo presentarse relaciones amorosas de uno o ambos cónyuges con otras personas. Sin embargo, a los ojos de los niños sus padres todavía están casados y sienten que su conducta sexual es sumamente indecente (Francke,1984).

Los hijos de padres divorciados algunas veces son demasiado precoces en términos de sexo. En el hogar de un solo padre, la atmósfera puede llegar a ser erótica ya que en muchas ocasiones los padres tienen una nueva pareja y no siempre son discretos frente a los niños por lo que éstos pueden ser excitados ante esa situación (Wallerstein y Kelly,1980; Francke,1984).

Otros estudios sugieren que al faltar la figura paterna los niños muestran una menor identificación de los roles sexuales adecuados, tienen menor desarrollo moral y las niñas muestran conductas heterosexuales inapropiadas (Longfellow,1979). Ellas al llegar la adolescencia, están más propensas a ser sexualmente promiscuas, a tener relaciones sexuales a muy temprana edad y con mayor número de parejas; tienden a casarse jóvenes, regularmente encuentran su matrimonio insatisfactorio y eventualmente también se divorcian (Teyber y Hoffman,1987; Teyber,1987).

Otro problema que se presenta, principalmente en las niñas, es el de los celos de la nueva pareja del progenitor, que dan origen a disputas entre padres e hijos del mismo sexo. Los celos se presentan con gran

intensidad entre los preadolescentes y las parejas de sus padres, haciendo cualquier relación afectiva entre sus progenitores y una persona del sexo opuesto, difícil y en algunas ocasiones imposible (Francke, 1984).

Hetherington (citado en Francke, 1984), observó que los niños de ambos sexos quieren evitar al máximo cualquier manifestación de la sexualidad de sus padres ya que les disgusta verlos como objetos sexuales. Además, debido a que no saben como manejar su propia sexualidad, les resulta muy amenazante ver a sus padres sexualmente abiertos. Los hijos de familias divorciadas pueden estar expuestos a eso. Aquello que constituye la sexualidad es exagerado por imaginaciones fértiles pero sin experiencia de los niños de estas edades por lo que la más simple exhibición de afecto por parte de los adultos puede ocasionarles ansiedad y turbación. Por ejemplo, si una pareja masculina llega al final del día y le da a la madre un abrazo y un beso, los niños describirán esto como que siempre se están abrazando y besando. Ven casi cualquier demostración de afecto por parte de sus padres como una relación íntima.

Muchos niños tratarán de esquivar a toda costa la confrontación con las vidas sexuales de sus padres por lo que generalmente rehusan pasar la noche en la misma casa con la nueva pareja. La rivalidad entre la joven hija y la nueva pareja de su padre puede llegar a ser tan intensa que es probable que las buenas relaciones nunca se desarrollen (Teyber, 1987; Francke, 1984).

Algunas veces son los padres quienes están sexualmente celosos de su ex-cónyuge y utilizan a los hijos como mediadores para que espíen las actividades sexuales del otro progenitor y se les interroga al respecto. Los niños que son expuestos a esto pueden tener una elevación prematura de la conciencia sexual que puede reflejarse en otros aspectos de sus

vidas. En la escuela pueden alejarse de sus compañeros a quienes consideran repentinamente inmaduros. No contentos con el grupo de amigos de su misma edad, estos niños de edad escolar pueden buscar la compañía de amigos mayores (Wallerstein y Kelly, 1980).

En algunas ocasiones el divorcio provoca la competitividad sexual entre madre e hija con un abrupto e indeseado puente entre las dos generaciones. En la deseada libertad después de un divorcio, una madre puede sentir que entra a la segunda adolescencia cuando su hija entra a la primera (Francke, 1984).

La sexualidad en las niñas puede ser exaltada por la conducta promiscua de sus padres. Cualquier hombre en la casa puede llegar a ser favorable para el juego de seducir, y aunque los intentos de seducción de las niñas generalmente son ineficaces, los intentos existen y pueden llamar la atención de un hombre mayor (Francke, 1984).

En resumen se puede decir que durante la latencia tardía los niños tienen una mejor comprensión del divorcio de sus padres que los niños más pequeños. De igual manera, han desarrollado una mayor capacidad para afrontar su situación de una manera más efectiva.

Como ya se señaló, la reacción característica de los niños de estas edades ante el divorcio de sus padres, es de enojo profundo, el cual es dirigido hacia el padre que consideran culpable de la ruptura familiar. También se sienten avergonzados por el divorcio y por la conducta conflictiva de sus padres. Cuando el conflicto continúa pueden desarrollar síntomas psicósomáticos.

Los padres divorciados con frecuencia descargan sobre sus hijos responsabilidades muy pesadas para su corta edad. Aun cuando logren adaptarse exitosamente a las nuevas exigencias, pueden llegar a sentirse

muy solos y estar resentidos, y más aún, paradójicamente al llegar la edad adulta, tendrán dificultades para madurar.

Los hijos de padres divorciados pueden no haber recibido una orientación moral de sus progenitores, además de que, en muchas ocasiones, pueden ser expuestos al lucimiento de la sexualidad de sus padres. Esto puede ocasionar que los niños desarrollen una sexualidad prematura. Por otro lado, los hijos pueden reprobar la actitud liberal de sus padres (Wallerstein y Kelly,1980; Francke,1984).

A continuación se analizarán algunos aspectos referentes al ajuste escolar de los hijos de padres divorciados.

3.0 EFECTOS DEL DIVORCIO DE LOS PADRES EN EL AJUSTE ESCOLAR DEL NIÑO.

En este capítulo se revisarán diversos aspectos referentes al impacto del divorcio en el ajuste escolar del niño, tanto en el área académica como en la social.

Se han hecho estudios en los que se ha visto que el rendimiento académico del niño puede verse afectado por el divorcio de sus padres, como se verá a continuación.

En un estudio hecho por Wallerstein y Kelly (1980), el cual es la parte culminante de su proyecto "Hijos de padres divorciados", realizado con 60 familias y 131 niños y adolescentes cuyas edades fluctuaban entre los 2 y los 18 años, divididos en seis grupos de acuerdo a su edad y tiempo transcurrido después de la separación, se reportó que los hijos de padres divorciados mostraron dificultad para concentrarse en las actividades escolares ya que no pudieron dejar de pensar en su situación personal y familiar mientras estaban en la escuela. Aunado a la falta de concentración, se encuentra la tendencia a soñar despiertos así como una desacostumbrada inquietud, distracción e interrupción de actividades en el salón de clases. Todas estas conductas se vieron reflejadas en el decremento del nivel académico de estos niños.

Algunos maestros reportaron que observaron en sus alumnos, hijos de padres divorciados, un grado considerable de tristeza y depresión, sobre todo en los más pequeños quienes revelaron más abiertamente su sufrimiento dentro del salón de clases. Ahora bien, en lo que se refiere al sexo, se observó que los niños varones tuvieron mayores problemas en la escuela que las niñas ya que su capacidad de concentración fue más vulnerable al conflicto familiar, especialmente en los casos en los que

fueron utilizados por sus padres como instrumentos de agresión o cuando las madres se encontraban muy estresadas por el divorcio. Las niñas en mayor grado que los niños soñaban despiertas acerca de la reconciliación de sus padres y el regreso del padre al hogar. La combinación de la intensa tristeza, falta de concentración y soñar despiertos, se vieron reflejados en el rendimiento académico (Kelly y Wallerstein,1980; Francke,1984; Heltherington,Cox y Cox; Nelson y Macoby, citados en Kaye,1989).

En este mismo estudio se observó que en aquellos estudiantes en quienes habían sido observadas alteraciones psicológicas antes de la separación de sus padres tales como fallas académicas, dificultad para relacionarse con sus compañeros, baja autoestima o enojo excesivo, se vieron acentuadas después del divorcio (Wallerstein y Kelly,1980).

Sin embargo, el divorcio no siempre fue acompañado de efectos negativos en el rendimiento académico. Algunos de los niños mayores lograron desviar su ansiedad a través del estudio. Ellos presentaron una entrega casi obsesiva al trabajo escolar, llegando a ser a menudo de los mejores alumnos de su clase (Kelly y Wallerstein,1980; Francke,1984).

Los hijos de padres divorciados pueden llegar a la escuela muy cansados debido al estrés que experimentan en sus hogares. Además, están más propensos que los niños de familias intactas, a fallar, a llegar tarde a la escuela y a no cumplir con sus tareas debido a que el padre custodial puede tener menos tiempo para revisar las labores escolares de sus hijos y atender los asuntos relacionados con la escuela, lo cual repercute en su progreso escolar (Hetherington, Cox y Cox; Wallerstein y Kelly, citados en Kaye,1980; Teyber,1987; Pedro Carroll y Cowen,1985; Francke,1984; Wallerstein y Kelly,1980).

Se ha visto que la partida del padre produce efectos negativos en

el rendimiento académico de los hijos (Teyber y Hoffman, 1987; Longfellow, 1979). Francke complementa lo anterior con la observación de que la pérdida de un padre quien había estado involucrado en el progreso académico del niño, ocasiona un decremento en el logro escolar. Por otra parte, Benedek (1979), relacionó el bajo rendimiento escolar con los serios trastornos emocionales de los padres.

Kayne (1989), realizó un estudio longitudinal con 234 niños de familias divorciadas y 223 de familias intactas cuyas edades fluctuaban entre los 6 y los 12 años. El propósito de esta investigación fue analizar el impacto del divorcio en el rendimiento académico del niño. A diferencia de los hallazgos obtenidos en los estudios citados anteriormente, Kayne no encontró efectos adversos en el rendimiento académico de los niños de ambos sexos provenientes de familias divorciadas poco después de la separación. No obstante, cinco años después, las calificaciones de los varones procedentes de estas familias sufrieron decrementos notables, los cuales no fueron observados en las niñas. Probablemente estas diferencias a largo plazo entre los sexos, ya encontradas por otros investigadores, se deban a que los varones carecen de un modelo masculino exitoso y hábil en la solución de problemas. Por otra parte, debido a que después del divorcio la conducta de los niños es más desorganizada que la de las niñas, puede ser que reciban menos apoyo por parte de sus maestros ante sus dificultades escolares, dando como resultado un bajo rendimiento académico.

Algunos niños presentan conductas contradictorias en la casa y en la escuela. Por ejemplo, puede ser que manifiesten sus miedos y enojos en la escuela y estar excepcionalmente bien en el hogar o viceversa, pueden actuar en forma muy madura en la escuela y continuar haciendo berrinches

en casa (Wallerstein y Kelly, 1980; Francke, 1984; Drake, 1979).

Los efectos del divorcio también pueden verse reflejados en la interacción social de estos niños con sus compañeros. Wallerstein y Kelly (1980), reportaron que aun cuando algunos niños no mostraron en las investigaciones ningún deterioro en el rendimiento académico, su ansiedad fue manifestada a través de conductas desagradables para sus compañeros. Estos los marginaban al menos temporalmente, ya que no entendían el por qué de su conducta y los maestros no parecían ayudar al respecto. Ahora bien, Francke (1984), reportó en su investigación que una niña cuyo padre salió de la casa sin dar explicación, molestaba a sus compañeros pellizcándolos, haciendo que tropezaran, robándoles sus pertenencias, etc. Esta conducta persistió hasta que el padre, la madre y la pequeña se sentaron frente a un terapeuta y pusieron al descubierto las razones del divorcio. Hasta entonces la niña comenzó a aceptar el hecho de que sus padres se habían divorciado.

Se ha visto que estos niños disminuyen las interacciones con sus compañeros durante y después de la separación. El rompimiento en las relaciones con ellos puede desviar a estos pequeños de sus estudios. Aunque muchos niños en edad escolar son sensitivos a los problemas familiares de sus compañeros, algunos no lo son y se burlan con sarcasmo haciendo sentir al niño muy mal (Francke, 1984).

La escuela puede servir como soporte para los hijos de padres divorciados ya que puede ser un excelente vehículo de observación (Kelly y Wallerstein, 1980). Tiene la capacidad de proporcionar ayuda efectiva ante situaciones de estrés evitando así que el problema se vuelva crónico (Drake, 1982). El maestro puede proveer gratificaciones académicas, ser tolerante (Cantor, 1982), dando confort durante los períodos de estrés y no

exigir demasiado durante los periodos de crisis (Kelly y Wallerstein,1980).

Muchas veces los padres agobiados por su propia problemática, no se dan cuenta de los problemas por los que está atravesando su hijo, los cuales si son percibidos por el maestro ya que éste tiene la oportunidad de poder observar a los niños en fluctuaciones normales de humor, capacidad de concentración, entusiasmo hacia el aprendizaje, interacciones con sus compañeros y cambios ocurridos en el salón de clases y patio de recreo. Debido al contacto tan cercano y frecuente que tiene con él, posee la capacidad de compararlo con otros niños y con él mismo antes y después de la separación. Asimismo, puede ver reflejado su estrés en el rendimiento académico y de esta forma observar objetivamente si dicho rendimiento se ha visto deteriorado (Wallerstein y Kelly,1980).

La escuela puede actuar como mediador entre los conflictos de padres y estudiantes. Los maestros llegan a ser para los niños consejeros, confidentes y maestros. Sin embargo, lamentablemente el maestro no siempre se entera de que el niño es hijo de padres divorciados debido a que generalmente los padres no lo comunican por el temor de que sus hijos sean etiquetados y rechazados. Es un error no comunicar el hecho del divorcio al maestro ya que de esta manera éste no podrá proporcionar ayuda al niño debido a que desconoce las causas de los cambios producidos en él (Wallerstein y Kelly,1980).

Francke (1984), encontró que aunque muchos maestros responden a las crecientes necesidades de sus alumnos hijos de padres divorciados, a menudo tienen dificultades por eso. Su entrenamiento ha sido académico, no psicológico y frecuentemente tienen que enfrentar situaciones para las que no están preparados. Ellos encuentran un arduo problema con la conducta que se genera en el salón de clases que fluctúa desde la

desorganización y brabuconería hasta la tristeza y retraimiento; desde estudiantes obsesivos hasta estudiantes reprobados; de atención intensa a hostilidad y rechazo. Muchos maestros se las arreglan por la intuición no bien dirigida.

Los colegios ubicados en colonias de la ciudad de México habitadas por familias de clase alta y media alta, generalmente cuentan con un Departamento de Psicología, el cual se encarga, entre otras cosas, de proporcionar ayuda a aquellos niños que presentan problemas académicos, conductuales o emocionales que interfieren en el ajuste escolar. Por lo regular estos problemas son detectados por los maestros quienes los canalizan al departamento mencionado, en donde el psicólogo se encarga de realizar una valoración del problema a través de la aplicación de diferentes pruebas. Además se realizan entrevistas con él así como con sus padres y maestros. Una vez elaborada la evaluación de la problemática del niño, se presentan sugerencias a los maestros y en algunas ocasiones a los padres, acerca de cómo conducir al alumno. En el colegio con frecuencia se mantiene un seguimiento de la respuesta del niño.

Mercado (1988), a partir de la investigación que realizó acerca de las funciones del psicólogo educativo en México, reportó que una de éstas es ayudar a establecer los vínculos entre padres, alumnos y personal académico con el propósito de mejorar el desempeño del alumno.

Francke reportó que debido a las complicaciones del divorcio muchos maestros han sido forzados a asumir roles custodiales. Algunas veces tienen que mantener la pista a quien le está permitido recoger al niño a la salida de la escuela y a quien no le está permitido con el fin de que éste no vaya a ser raptado (Francke, 1984). Se ha podido aseverar que

se da un manejo similar en algunos colegios de la ciudad de México.

El divorcio cambia y complica la comunicación sincera entre padres y maestros. Simplemente establecer el horario para una cita puede ser difícil. Algunos padres llegan juntos, otras veces sólo llega el padre custodial y a veces demandan juntas separadas como sucedió en un caso en el que una madre negó a su esposo el derecho de recibir información acerca del aprovechamiento y conducta escolar de su hija por miedo a que la maestra le informara algo que no le convenía a la madre que éste supiera (Francke, 1984).

En Estados Unidos de Norteamérica, en muchas ocasiones se pide a los maestros que testifiquen en las batallas custodiales debido a que tienen contacto muy cercano y frecuente con sus alumnos, hijos de padres divorciados. Esto puede colocarlos en una situación conflictiva entre apoyar a los mejores intereses del niño o encontrarse involucrados en los asuntos privados de la familia (Francke, 1984).

Los hijos de padres divorciados ante el abandono relativo que experimentan, suelen buscar apoyo en sus maestros, esperando pasar un rato a solas con su maestro preferido o pueden andar rondando la escuela después de la hora de la salida no queriéndose ir de la misma, para tener un rato más de atención. A pesar de que muchos maestros asumen estas responsabilidades de buen grado, algunos pueden sentirse agobiados por sus alumnos hijos de padres divorciados y rechazar estos roles heredados (Wallerstein y Kelly, 1980; Francke, 1984).

En conclusión se puede decir que debido al estrés ocasionado por el divorcio, los hijos de padres divorciados (principalmente los varones) pueden sufrir decrementos en su rendimiento académico así como presentar dificultades para relacionarse con sus compañeros durante el

período de crisis. No obstante, en algunas ocasiones, la escuela puede servir de escape a su problemática y representar para estos niños un punto de apoyo, ya que los maestros, quienes suelen ser personas estables en la vida de estos pequeños, pueden cubrir algunas de sus necesidades emocionales, así como proporcionarles ayuda adicional en el aspecto escolar.

A continuación se analizarán los principales factores que intervienen en el ajuste del niño posterior al divorcio de sus padres.

4.0 FACTORES QUE DETERMINAN EL AJUSTE DEL NIÑO FRENTE AL DIVORCIO DE SUS PADRES.

Como se ha venido mencionando a lo largo de esta tesis, el divorcio generalmente va acompañado de un conjunto de situaciones sumamente estresantes para los niños que implican pérdida y cambios en las relaciones importantes, estrés económico, cambio de domicilio, exposición a la conducta angustiosa de los padres y a conflictos paternos amargos (Rutter, Emery y Krantz, citados en Johnston, González y Campbell, 1985). Algunos niños se ajustan rápidamente a estos cambios, otros presentan mayores dificultades, los efectos son más adversos o de mayor duración por lo que se han realizado diversos estudios con el propósito de determinar cuáles son las variables que intervienen en el ajuste del niño ante el divorcio de sus padres. A continuación se revisarán los hallazgos de algunas de estas investigaciones.

Kurdek (citado en Fry y Addington, 1985), integró diferentes hallazgos referentes al ajuste de los niños ante el divorcio de sus padres. Tales perspectivas consideran que éste depende de la interacción de cuatro componentes:

- 1.- Competencias individuales de los niños para enfrentarse al estrés.*
- 2.- La dinámica familiar.*
- 3.- La comunidad, el medio ambiente postdivorcio y los posibles sistemas de apoyo para la familia.*
- 4.- Valores culturales, creencias y actitudes circundantes a la vida familiar.*

Existen otros investigadores que han hecho diversas clasificaciones con respecto a los factores que intervienen en el ajuste

del niño ante el divorcio de sus padres, sin embargo, se eligió la de Kurdek en base a que su esquema cubre mayor número de áreas relacionadas con la vida del niño que otros autores consultados, a la vez que las delimita en forma precisa. A continuación se desarrollarán los cuatro componentes del esquema presentado por dicho investigador.

4.1 Competencias individuales del niño.

Entre las características sociodemográficas del niño que pueden afectar su ajuste al divorcio, se encuentran sexo, edad y temperamento, las cuales se analizarán a continuación.

4.1.1 Sexo.

Por lo que respecta al sexo del niño, los hallazgos de diversas investigaciones señalan que el impacto del divorcio es mayor en niños que en niñas (Teyber,1987; Fry y Addington,1985; Wallerstein y Kelly,1980; Hetherington,1978). Como se ha mencionado en capítulos anteriores, los niños varones presentan una mayor proporción de problemas emocionales y conductuales que las niñas debido a que éstos generalmente carecen de un modelo de identificación en casa y de prácticas de disciplina más consistentes ya que por lo regular se quedan bajo la custodia materna. Probablemente estas diferencias de adaptación entre niños y niñas también se deban a que en el período inmediatamente posterior al divorcio, los niños reciben menos consuelo al llanto y estrés del que reciben las niñas, ya que de acuerdo a la tipificación sexual se percibe a las niñas con mayor necesidad de apoyo, en casos de estrés y los signos de necesidad emocional son menos aceptables en niños varones que en niñas (Teyber,1987; Fry y Addington,1985; Hetherington, Cox y Cox,1979).

4.1.2 Edad.

Los efectos del divorcio pueden variar tanto cuantitativa como cualitativamente dependiendo de la edad del niño (Hetherington et. al, 1979; Longfellow,1979; Wallerstein y Kelly,1980; Fry y Addington,1985; Teyber, 1987; Francke,1984). Ahora bien, Kurdek (1981) sugiere que las diferencias entre los grupos de diferentes edades se deben a cambios en el desarrollo cognoscitivo social de estos niños que les permite valorar la situación de divorcio de sus padres e interpretar una compleja secuencia de eventos estresantes y así poder inferir los motivos y sentimientos de sus progenitores. Los pensamientos y sentimientos de estos niños acerca del matrimonio de sus padres, la interpretación que le den al divorcio de los mismos, así como sus miedos y temores están directamente relacionados con su edad y con la habilidad que tengan para interpretar estos eventos de manera realista (Hetherington et al. 1979; Longfellow,1979; Wallerstein y Kelly,1980; Kurdek citado en Fry y Addington,1985). Como se mencionó anteriormente, los preescolares son vistos como el grupo más vulnerable ya que su nivel de desarrollo cognoscitivo les impide tener una representación clara de los eventos (Kurdek, citado en Fry y Addington,1985). Asimismo, Longfellow1979, sostiene que si el niño es menor de cinco años tendrá mayor problema de ajuste que los niños de mayor edad. No obstante, Satir (1988) comenta que los niños menores de tres años presentan menos dificultades para adaptarse a un nuevo matrimonio de sus padres dado que la posibilidad de influencias de su vida anterior es menor que la de los niños de más edad. Si bien este no es precisamente el caso, existen semejanzas entre las familias reconstituidas y aquellas de un solo padre.

4.1.3 Temperamento.

Existen investigaciones en las que se ha visto que los niños temperamentalmente difíciles son menos adaptables al cambio y más vulnerables a ser afectados por la adversidad. Así, los niños que tienen una historia de mal ajuste precedente al divorcio de sus padres, tienden a responder con perturbaciones emocionales más duraderas después del mismo (Hetherington,1989; Wallerstein y Kelly,1980; Rutter, citado en Fry y Addington,1985). Es difícil decidir si este trastorno es atribuible a alguno de los factores temperamentales, a la historia de factores medioambientales patógenos o a ambos. Desde un enfoque interaccionista se sostiene que para los niños temperamentalmente difíciles es menos probable que sean capaces de enfrentarse al medio ambiente postdivorcio y más probable que desarrollen dificultades emocionales (Fry y Addington,1985).

4.2 La dinámica familiar.

Para fines de esta tesis el término "dinámica familiar", se utilizará para referirnos a la forma en que las relaciones entre los miembros de la familia influyen en el ajuste que el niño tenga ante el divorcio de sus padres .

4.2.1 Estilos de enfrentamiento de los padres.

Hetherington et. al en 1978, sostuvieron que el estrés severo y la desorganización que experimentan las familias durante el año siguiente al divorcio, son reflejados en patrones de conducta típicos y atípicos en ambos padres. El investigador observó que debido a que tanto los padres como las madres divorciados sintieron incompetencia, soledad y depresión

(particularmente las madres de los varones) después del divorcio, exigieron de sus hijos menos conductas que denotaran madurez, fueron menos consistentes en sus disciplinas, menos capaces de razonar y de comunicarse con éstos así como menos cariñosos que los padres de familias intactas (Mussen,1990; Fry y Addington, 1985; Hetherington, citado en Mackinnon, Brody y Stoneman, 1987).

Se ha visto que los padres divorciados ejercen menor control sobre sus hijos que aquellos de familias intactas ya que los estilos de disciplina de los primeros generalmente se vuelven ineficaces. Las madres tienden a ser más restrictivas, dan órdenes pero éstas no van seguidas de la disciplina apropiada y comunmente no ofrecen explicaciones a sus hijos. Los padres, por su parte, al inicio de la separación se muestran excesivamente permisivos e indulgentes. Los hijos tienden a ser más desafiantes y agresivos con ambos progenitores, especialmente los hijos varones, por lo que se forma un ciclo vicioso coercitivo, que impide que el progenitor pueda responder a las necesidades emocionales del niño (Hetherington,1989; Fry y Addington,1985; Wallerstein y Kelly,1980; Mussen,1990; Hetherington citado en Mackinnon, Brody y Stoneman,1987). Los problemas de conducta fueron más comunes en donde los padres tuvieron métodos de crianza más punitivos o actitudes negativas hacia el niño (Johnston y Lobitz; Hershorn y Rosenbaum, citados en Johnston, González y Campbell,1985).

Como se mencionó anteriormente, el exceso de responsabilidades que con frecuencia los padres depositan sobre sus hijos influye en el grado de ajuste que éstos tengan ante el divorcio. Ellos se ven obligados a asumir responsabilidades y destrezas específicas a las que generalmente se adaptan, sin embargo, carecen de suficiente cariño y protección

(Francke,1984; Toyber,1987; Weiss,1979).

4.2.2 Hostilidad y conflicto entre los padres.

Wallerstein y Kelly (1980), reportaron en su investigación citada anteriormente, que los niños más trastornados por el divorcio de sus padres fueron aquellos que se convirtieron en el centro del conflicto entre los mismos. Asimismo observaron que existe una correlación significativa entre la duración de la hostilidad entre los progenitores y el ajuste del niño postdivorcio.

Hay evidencia de que si bien existen padres que protegen a sus hijos del conflicto, especialmente a las niñas de edad preescolar, hay otros que por el contrario, los utilizan como arma contra la ex- esposa ya que están más preocupados por su propio conflicto que por el bienestar del niño (Johnston,González y Campbell,1985; Fry y Addington,1985; Martín,1985; Francke,1984; Wallerstein y Kelly,1980).

El enojo entre los padres y los conflictos sobre el cuidado de los niños perpetúan el estado de desequilibrio emocional. Las actitudes de un padre hacia el otro también interfieren en el ajuste del niño. Para algunas familias con el divorcio terminan las hostilidades, para otras aumentan. Como se mencionó anteriormente, en muchas ocasiones los padres continúan peleando en los sitios donde dejan y recogen a los niños, por teléfono, etc, o los utilizan como mensajeros y espías (Wallerstein y Kelly,1980; Francke,1984; Johnston, González y Campbell,1985; Toufexis,1987). Otros autores sugieren que es más patológica la desarmonía que el divorcio en sí (Rosen,1979). Los niños de familias intactas o divorciadas en conflicto tuvieron mayor riesgo de mal ajuste que aquellos niños que provenían de familias intactas o divorciadas que se

encontraban en relativa armonía (Hetherington, Cox y Cox, 1979). Esto no quiere decir que la separación y el divorcio no afecten al niño, sino que más bien el conflicto en sí es la principal causa de que se sigan presentando problemas en los niños después del divorcio. Cabe señalar que en muchas ocasiones es más dañina la situación que se da antes del divorcio formal que la que se da en seguida del mismo debido a que generalmente durante el primer período el conflicto familiar es más intenso (Fry y Addington, 1985).

4.2.3 Custodia y visitación.

Debido a que estos temas se tratarán ampliamente en el capítulo siguiente, sólo diremos en este inciso, en lo que se refiere al ajuste posterior al divorcio, que tanto los arreglos custodiales (dado los niños se ajustan mejor bajo la custodia del padre del mismo sexo) así como la calidad de las relaciones que el niño tenga tanto con el padre custodial como con el no custodial, son unos de los principales predictores del ajuste de los hijos ante el divorcio de sus padres, y los efectos negativos que acompañan al mismo, pueden verse mitigados si el niño mantiene una relación estrecha con ambos progenitores (Fry y Addington, 1985; Hessy Cámara, 1979; Pelt, 1982; Teyber, 1987; Teyber y Hoffman, 1987; Martín, 1985).

4.3 Efectos de la comunidad, el medio ambiente y los sistemas de apoyo posibles en el ajuste del niño.

El hijo de padres divorciados tiene que adaptarse a un nuevo estilo de vida, a una nueva estructura familiar de un solo padre y si la madre se volvió a casar, éste tiene que enfrentarse a la presencia de un

nuevo adulto en casa y muchas veces esto ocurre antes de que el niño acabe de ajustarse al divorcio. Además a veces al quedarse a cargo del padre custodial tiene que cambiar de casa, con frecuencia a un vecindario más modesto por lo que muchas veces se ve obligado a alejarse de sus amistades y a hacer otras (Schlesinger,1982; Pett,1982; Longfellow,1979; Fry y Addington,1985).

Los recursos económicos con los que cuenta la familia generalmente disminuyen después del divorcio ya que el padre que antes mantenía una casa, ahora mantiene dos o peor aún, en algunas ocasiones se niega a cumplir con la obligación de mantener a su familia con el propósito de hostilizar a la madre por lo que ésta se puede ver obligada a conseguir empleo (Fry y Addington, 1985; Francke,1984; Wallerstein y Kelly,1980).

La pobreza económica puede representar una pérdida más, tanto para la madre como para el niño. Si la madre entra a trabajar tiempo completo la rutina entera del niño tiene que cambiar y la madre no podrá estar disponible para él todo el tiempo. Si ella comienza a trabajar por primera vez poco después del divorcio, el niño puede sentir doble pérdida, la del padre y la de la madre (Fry y Addington,1985) ya que ésta tiene que dejarlo en guarderías o con quien pueda y no le proporcionará la atención necesaria precisamente en este período de crisis que es cuando más la necesita (Longfellow,1979).

Desde otra perspectiva, se ha visto que en algunas ocasiones el hecho de que la madre cuente con un empleo puede llegar a ser beneficioso para ésta y por consiguiente para el niño. A través del trabajo ella puede sentirse competente al mismo tiempo que tiene la posibilidad de tener contactos sociales. Es claro que las relaciones sociales son de gran importancia para la salud mental de la madre después del divorcio ya que

representan una fuente de distracción evitando así que ésta calga en la depresión a la vez que elevan su autoestima y sólo de esa manera podrá ayudar a su familia para que logre un mejor ajuste (Fry y Addington, 1985).

4.4 Efectos de la cultura sobre el ajuste del niño.

Dentro de esta rama se encuentran los aspectos culturales en los cuales el individuo, la familia y la comunidad están involucrados. En este inciso veremos cómo las creencias socioculturales, valores y actitudes pueden afectar el ajuste de la familia ante el divorcio. La contribución de un gran número de influencias sociales y factores sociológicos deben ser considerados (Fry y Addington, 1985).

4.4.1 La familia.

Si bien la familia es considerada como el principal agente de socialización del niño (Longfellow, 1979), desde una perspectiva clínica, las familias dirigidas por un solo padre son vistas como una desviación patológica (Bradewien, Brown y Fox, citados en Fry y Addington, 1985). Tales familias son consideradas como rotas, desintegradas o desorganizadas.

De la misma manera, el estatus social que tenga la madre también es importante ya que como se mencionó anteriormente, en la mayoría de los casos las familias de un solo padre son dirigidas por ellas. Brown y Manela citados en Fry y Addington en 1985, encontraron que las madres con actitudes tradicionales hacia el rol asignado por la sociedad de acuerdo a su sexo, fueron más vulnerables ante el estrés y tuvieron baja autoestima en contraposición con aquellas madres que tenían una actitud más liberal en cuanto a sus roles sexuales quienes experimentaron menor estrés, mayor bienestar, desarrollo personal y autoestima, así como un sentimiento de

competencia. Los efectos que tenga el divorcio en la vulnerabilidad de los padres pueden verse reflejados en el ajuste emocional de sus hijos (Fry y Addington, 1985)

4.4.2 Los derechos del niño.

Dentro del análisis de las variables culturales están incluidos aquellos aspectos relacionados con los derechos del niño. Los niños son tradicionalmente vistos como una propiedad de sus padres, por lo que en las disputas custodiales ellos luchan por la posesión de sus hijos. Sin embargo, se están produciendo cambios en las perspectivas de los derechos de los menores, por ejemplo, en los casos en los que la Corte trata de ver los mejores intereses de los hijos, tomando en cuenta su opinión (Fry y Addington, 1985).

En conclusión se puede decir que el grado de ajuste que tenga el niño ante el divorcio de sus padres depende de la interacción de variables individuales, familiares, sociales y culturales.

Las variables individuales están compuestas por las competencias personales del niño para enfrentarse al estrés, tales como sexo, edad y temperamento. Las familiares son por ejemplo, los estilos de enfrentamiento de los padres a sus nuevos roles y a su nueva estructura familiar, la hostilidad entre ellos, la calidad de la relación que tengan con sus hijos, así como los arreglos custodiales y de visitación.

Asimismo, la familia es afectada tanto por variables de tipo social que incluyen a la comunidad, al medio ambiente postdivorcio y a los sistemas de apoyo posibles, así como por variables culturales tales como los valores, las creencias y las actitudes circundantes a la vida familiar.

A continuación se revisarán algunos aspectos referentes a la

custodia y visitación de los hijos de padres divorciados

5.0 CUSTODIA Y VISITACION.

En este capítulo se analizarán diversos aspectos referentes a la custodia y visitación de los hijos, de parte de los padres quienes están divorciados. Es importante tratar estos temas para efectos de esta tesis debido a que el grado en el que el niño se ajuste al divorcio puede variar dependiendo de los arreglos que se hagan al respecto, como se verá a continuación.

En lo que se refiere a la custodia, lo que se discute es, en lo que a los intereses del niño respecta, si es deseable que ésta sea compartida o bien que sea conferida a un solo padre. Si bien existen investigaciones que están a favor de la custodia compartida, también hay aquellas que arrojan luz sobre los aspectos positivos así como los negativos de este tipo de arreglo. A continuación se describirán los hallazgos de algunas de estas investigaciones.

Neugebauer (1989), realizó un estudio con 40 niños y adolescentes en el cual encontró que los niños que viven en el arreglo de custodia compartida sufren menos estrés por el divorcio de sus padres que los niños que se encuentran bajo la custodia de un solo padre, especialmente si tienen libre acceso a ambos progenitores. A diferencia de éstos últimos, los niños que se encuentran bajo el arreglo de custodia compartida no experimentan sentimientos de pérdida de uno de sus padres y tienen menos problemas para ajustarse a la separación. Asimismo, Shiller (1986), realizó un estudio longitudinal con niños varones que se encontraban en la etapa de la latencia. El reportó que existe un mejor ajuste conductual en aquellos niños que están bajo el arreglo de custodia compartida en contraposición a aquellos niños que están bajo la custodia materna. En otra investigación realizada también por Shiller ese mismo año se encontró que

tanto los niños que se encuentran bajo el arreglo de custodia compartida como aquellos que están bajo la custodia de un solo padre tienen conflictos de lealtad, no obstante, los primeros se muestran más complacidos con el tipo de arreglo que les fue asignado, tienen mayor facilidad para expresar tanto sus sentimientos positivos como negativos a sus padres y no muestran preocupación por las fantasías de reconciliación.

En un estudio longitudinal hecho por Kline, Tschann, Johnston y Wallerstein (1989), con una muestra de 93 niños cuyas edades fluctuaban entre los 3 y los 14 años, no se encontraron diferencias significativas en el ajuste emocional, conductual o social entre aquellos niños que se encontraban bajo el arreglo de custodia compartida y aquellos que estaban bajo la custodia de un solo padre. Los investigadores concluyen que los arreglos custodiales y el acceso a ambos padres representan una unidad dentro de un complejo conjunto de factores que intervienen en el ajuste del niño al divorcio de sus padres.

Ahora bien, en otra investigación longitudinal hecha por Johnston, Kline y Tschuann (1989), no se encontraron claras evidencias de que los niños estén mejor ajustados en cualquiera de las dos situaciones, ya sea en el arreglo de custodia conjunta o en la de un solo padre. Sin embargo, contrario a lo obtenido por Neugebauer, se encontró consistente evidencia de que la custodia conjunta a menudo expone a los hijos al conflicto entre sus progenitores, y por consiguiente, les hace más propensos a desarrollar problemas emocionales y conductuales.

Como hemos visto, según los resultados de las investigaciones hechas por Kline, Tschuann, Johnston y Wallerstein, más que el tipo de arreglo custodial son los rasgos individuales de padres e hijos, las relaciones entre ambos así como la relación de los mismos ex-cónyuges

entre sí, los que determinan el ajuste socioemocional del niño.

En lo que se refiere al otorgamiento de la custodia a un solo padre, diversos investigadores reportaron que los niños que viven con el padre del mismo sexo tienen mejor ajuste que aquellos que viven con el padre del sexo opuesto (Teyber y Hoffman,1987; Teyber,1987; Francke,1984; Santrock y Warshak,1979), pues los primeros presentan mayor madurez, sociabilidad e independencia que aquellos que viven con el padre del sexo opuesto. Incluso se hicieron comparaciones de hijos varones de padres divorciados con custodia paterna, con hijos de familias intactas y se observó que los primeros fueron más cariñosos, tuvieron mayor autoestima, fueron menos demandantes y más maduros que aquellos niños de familias intactas. La misma situación se sostiene para las niñas con custodia materna por lo que respecta a cualquiera de las cualidades antes mencionadas excepto para la autoestima, la cual fue mayor en las niñas de familias intactas (Francke,1984; Santrock y Warshack,1979).

En contraste con los niños varones, las niñas bajo el arreglo de custodia paterna fueron observadas como más demandantes, menos cariñosas, sociables y adaptables, así como con menor autoestima, madurez e independencia que las niñas con custodia materna (Santrock y Warshak,1979).

Otros estudios sugieren que la ausencia del padre debilita el desarrollo de la autoestima por lo que los hijos de padres divorciados tienen menor autoestima que los hijos de familias intactas ya que su custodia por lo regular le es concedida a la madre (Teyber y Hoffman,1987; Parish y Dostal,1980). Estas investigaciones, al igual que las mencionadas anteriormente, señalan la importancia del padre en el desarrollo de la autoestima de los niños de ambos sexos.

Existen muchas razones para pensar que la ausencia del padre tenga efectos adversos en el desarrollo de la personalidad del niño, especialmente para el varón, ya que el padre es uno de los principales agentes de socialización por lo que su sola ausencia crea un enorme vacío en la experiencia del niño. Como se mencionó anteriormente, a través de la identificación con el padre del mismo sexo, el niño adquiere los patrones morales de la sociedad. La ausencia del padre tiene efectos en el desarrollo de la conciencia de los niños varones, más no parece tener efectos discernibles en el desarrollo de la conciencia de las niñas (Hoffman,1971). Probablemente esto se deba a que las niñas se identifican más con su madre y todavía cuentan con un modelo de su propio sexo en casa, por lo que tienen menor dificultad para continuar su progreso hacia la madurez psicológica (Teyber,1987; Levy Shiff,1982; Hoffman,1971).

Al faltar el padre, los niños varones carecen de la principal fuente de disciplina y de un modelo para el desarrollo adecuado de los roles sexuales (Bowly, Wallerstein y Kelly, citados en Weiss,1979; Kelly y Wallerstein,1980; Fry y Addington,1985; Teyber,1987; Lamb,1981; Hetherington,1979). Tanto las teorías psicoanalíticas como las del aprendizaje social señalan la importancia de la identificación del hijo con el padre del mismo sexo, por lo que lo ideal sería que los hijos de padres divorciados llegaran a este tipo de arreglo (Lamb,1981).

Otro aspecto en el que la personalidad del niño varón puede verse afectada por la ausencia del padre es en el juego de la agresión ya que al faltar éste, los niños por una parte carecen de un modelo de rol agresivo y por otra, se cree que tienen una masculinidad compensatoria o reactiva al carecer de padre. Generalmente los padres enseñan a sus hijos a autocontrolar la agresión y sus disciplinas tienden a evitar que el niño la

expresé abiertamente. Cuando el niño no cuenta con tales disciplinas desarrolla menos control efectivo y la agresión es expresada abiertamente, no en fantasía como suelen hacerlo los niños de familias intactas (Hoffman, 1971).

Aun cuando se ha visto que los niños logran un mejor ajuste al divorcio bajo la custodia del padre del mismo sexo, en la práctica las Cortes en Estados Unidos de Norteamérica y según se ha podido aseverar también las Cortes mexicanas, han sido guiadas en gran parte, tanto por la tradición como por los roles asignados por la sociedad de acuerdo al sexo del padre, por lo que en más del 90% de los casos la custodia le es concedida a la madre, siendo muy frecuentes las restricciones de visita del padre (Neugebauer, 1989; Teyber y Hoffman, 1987; Francke, 1984; Wallerstein y Kelly, 1980; Santrock y Warshak, 1979).

En México, en principio legal y de conformidad con el Código Civil vigente, la custodia de los hijos menores de siete años le es concedida a la madre, a menos que exista una causa que ponga en grave peligro el desarrollo de éstos. Con el fin de determinar si existe tal peligro, el Juez de lo Familiar analiza las causas del divorcio y una trabajadora social lleva a cabo una investigación más profunda, a menudo con ayuda de profesionistas de otras áreas para determinar quién podrá a largo plazo cumplir con los requerimientos que esta responsabilidad impone.

Ya revisamos la cuestión de la custodia compartida y la otorgada a un solo padre. Asimismo, reportamos los hallazgos de algunas investigaciones que dan a conocer los beneficios de este primer arreglo, así como otras que señalan los pros y contras del mismo.

También se dijo que uno de los factores que deben ser tomados en cuenta al decidir a quién otorgar la custodia del niño es el sexo de éste, ya

que se ha visto que los niños de ambos sexos logran un mejor ajuste bajo la custodia del padre del mismo género.

Ahora bien como se mencionó anteriormente, la partida del padre es para el niño un acontecimiento determinante en su vida, por lo que es de primordial importancia la relación que el pequeño tenga con su progenitor después del divorcio. A continuación se analizarán algunos aspectos referentes a la frecuencia de visitación, así como las reacciones y sentimientos de los niños originadas por las visitas de sus padres.

Neugebauer (1989), realizó un estudio con 40 niños y adolescentes cuyas edades fluctuaban entre los 7 y los 18 años. El reportó que los chicos que participaron en la investigación por unanimidad expresaron una marcada preferencia por el contacto libre y sin restricciones con el padre no custodial. El investigador aseveró que los problemas de ajuste del niño al divorcio pueden verse disminuidos cuando existe esta disposición. Asimismo, en el estudio longitudinal hecho por Wallerstein y Kelly (1980), con una amplia muestra, el cual es parte de su proyecto "Hijos de padres divorciados" citado anteriormente, se observó que aquellos niños que tuvieron acceso libre y frecuente al padre no custodial, sin que esto implicara el enojo o desaprobación del custodial, tuvieron menos dificultades para enfrentarse a los cambios y desengaños que acompañan al divorcio así como un sentimiento de control sobre su situación. En contraste, aquellos niños que quedaron sujetos a restricciones de visita, sobre todo los mayores, se sintieron desesperanzados, infelices e inconformes por no haber sido tomados en cuenta para la planeación de sus visitas, sintiendo que sus vidas estaban siendo gobernadas al máximo ya sea por sus padres o por las Cortes. A pesar de que se ha visto que lo ideal para estos niños sería poder visitar a sus padres sin ningún impedimento,

no es lo más común ya que las restricciones de visita se dan con mucha frecuencia.

Por otra parte, en este mismo estudio, no se encontró correlación entre el tipo de relación padre e hijo antes y después del divorcio. Aquellos padres quienes habían mantenido una relación cercana con sus hijos antes del divorcio, no necesariamente estuvieron en contacto frecuente y regular con éstos después del mismo o viceversa, en algunas ocasiones aquellos padres quienes se habían mantenido alejados de sus hijos durante el matrimonio, con frecuencia comenzaron a tener regularidad en sus visitas. Se observó que estos cambios en la relación estuvieron muy relacionados con la edad y sexo del niño, con la capacidad del padre para adaptarse a su nueva situación, así como con las dificultades y conflictos psicológicos experimentados por los padres en relación con el divorcio y la visitación.

Por lo que respecta a la edad y sexo del niño, Wallerstein y Kelly (1980), reportaron que la relación padre e hija tuvo tendencia a permanecer constante, sin embargo, la frecuencia de la visitación de los padres con sus hijos varones menores de 8 años tendió a incrementarse y a disminuir con los de 9 a 12 años. Es muy probable que los cambios en la relación de los niños varones con sus padres se deba en gran parte a la forma en que éstos reaccionan ante las visitas de sus progenitores. Los niños menores de 8 años recibieron a sus padres con alegría y sin resentimientos, aun cuando las visitas de éstos hubieran sido muy erráticas. En contraste los niños de 9 a 12 años, a pesar del intenso deseo de verlos, se defendieron de sus sentimientos de tristeza manifestando enojo a sus progenitores, que como se mencionó anteriormente, es la reacción característica de los niños de estas edades ante la ruptura de la unidad familiar. Esto provocó que la visitación disminuyera notablemente,

llegando a ser visitados en forma muy esporádica por lo que los niños se enojaron todavía más sintiéndose rechazados por su progenitor.

Los conflictos psicológicos de los padres así como sus sentimientos acerca del divorcio, también influyeron en la frecuencia con que éstos visitaron a sus hijos. El patrón de visitas después del divorcio no necesariamente refleja el amor paterno. Los padres que han sido rechazados por sus esposas con frecuencia esperan la misma reacción por parte de sus hijos. Sus sentimientos de vergüenza, culpa, baja autoestima y depresión muchas veces provocaron que la visitación disminuyera (Wallerstein y Kelly, 1980).

También se presentaron problemas de tipo práctico que en algunas ocasiones provocaron decrementos en el patrón de visitación del padre no custodial tales como el desempeño de nuevos roles, el manejo de la disciplina de sus hijos sin una estructura familiar, etc. Tales cambios provocaron aturdimiento tanto en los hijos como en el padre, sin embargo, la barrera más estresante que interfirió en la tranquilidad de las visitas fueron los intensos conflictos entre los padres. Como se mencionó anteriormente, en muchas ocasiones los niños son expuestos a la hostilidad entre sus progenitores cuando son dejados y recogidos durante la visitación, y en algunas ocasiones hasta el simple contacto telefónico puede provocar la ira de la madre (Wallerstein y Kelly, 1980).

Otro factor que interfirió en el grado de satisfacción que tuvieron los niños por las visitas de sus padres fue el tener que compartirlas con sus hermanos ya que por lo general, los pequeños anhelan tales visitas y cuando éstas ocurren sienten que el tiempo que comparten con sus progenitores es demasiado breve. Debido a la diferencia de edades e intereses, resultó difícil para el padre el seleccionar las actividades que

resultaran atractivas para sus hijos, por lo que con frecuencia se presentaron riñas y sentimientos heridos (Wallerstein y Kelly,1980).

Otra fuente de frustración para los niños durante las visitas fue el tener que compartir el tiempo y la atención de su padre con la nueva pareja de éste. Los pequeños que se encontraron en esa situación se sintieron abandonados y mal recibidos. Este resentimiento fue expresado principalmente por los niños mayores, y muy especialmente por aquellos menos visitados (Wallerstein y Kelly,1980).

En conclusión, se puede decir que el patrón más saludable de visitación es aquel en el que el niño puede mantener acceso frecuente, libre de conflicto y sin restricciones a ambos progenitores.

A continuación se darán algunas sugerencias que pueden ser de utilidad para lograr en el niño un mejor ajuste postdivorcio.

6.0 SUGERENCIAS PARA UN MEJOR AJUSTE DEL NIÑO POSTERIOR AL DIVORCIO.

El mal ajuste del niño después del divorcio de sus padres no es una consecuencia inevitable del mismo y la respuesta del niño puede ser moderada o contenida, dependiendo de cómo manejen la situación los progenitores, y del grado de comprensión y cariño que brinden a sus hijos.

6.1 *Cómo presentar la noticia del divorcio a los hijos.*

Es recomendable que la noticia sobre el inminente divorcio sea dada al hijo por ambos padres, pues así se puede evitar que se produzcan sentimientos de culpa relacionados con la partida del padre. Es conveniente hacerle ver que de ninguna manera él es culpable de la separación y que tampoco es que un padre sea mejor que el otro, sino que simplemente sus progenitores no se entienden.

Para los padres el divorcio puede significar la pérdida de los sueños cuyo cumplimiento anhelaban. Para los hijos puede significar que el mundo llega a su fin. Por lo tanto, hay que acercarse al planteamiento de la decisión tomada por los padres con mucho cuidado, sin culpar a nadie, y del modo más objetivo posible. No es necesario dar una explicación muy detallada de las razones por las cuales se van a divorciar; puede ser que el niño ni las entienda por carecer de significado para él. Incluso, pueden resultarle un motivo de preocupación. Las explicaciones sencillas le resultarán más fáciles de comprender y le serán menos amenazantes.

Es conveniente evitar términos que puedan aturdirlo, como pueden ser "la manutención del niño" o "derechos de visitación". Asimismo, por lo que respecta al concepto de tiempo, el niño pequeño no lo ha desarrollado plenamente y si se le dice "papá le verá los fines de semana", podrá

significar para él dentro de quince minutos o el año que entra. Es mejor decirle "Papi te verá mucho".

Cuando la separación es inminente, es recomendable ir preparando al niño para los cambios que se producirán en su vida, de acuerdo a lo que se piensa que va a suceder. Por ejemplo, se le puede decir "la agradable vecina te cuidará cuando salgas del kinder porque yo voy a ir a trabajar" o "voy a seguir comiendo contigo y te voy a leer cuentos por la noche". También es conveniente asegurarle que el padre que se va lo visitará y que tendrá sus propios juguetes y comidas preferidas en una nueva casa, en el caso de que el divorcio origine una mudanza. Esto le dará al niño alguna preparación para la confusión que inevitablemente sigue a la separación.

Es importante hablar con la verdad, reconocer que la decisión está tomada y que es irrevocable, para que de tal manera se evite que el niño abrigue falsas esperanzas sobre una reconciliación ya que es muy común que se presenten estas fantasías, especialmente durante la temprana latencia. También hay que aclararle que esto no significa que lo abandonarán sino que lo siguen y lo seguirán queriendo igual que antes, por lo que estarán pendientes de él. Esto ayudará a tranquilizarlo ya que lo que más asusta a los niños es el hecho de que puedan ser abandonados.

6.2 La conservación de la imagen paterna.

La madre puede contribuir a formar una buena o mala imagen de padre ante el niño. Aunque ella pueda sentir coraje contra los hombres, es conveniente que evite decir frases tales como " todos los hombres son iguales" o "típicos machos". Dicho esto en forma de desprecio, puede provocar que el niño sienta ansiedad por ser varón, sobre todo durante los años preescolares que es cuando está comenzando a imitar patrones

masculinos, por lo que puede mostrarse renuente a exhibir conductas propias de su sexo. Asimismo, a menudo el sentimiento de engaño y ansiedad de una madre divorciada, la hace menos capaz de tolerar el juego rudo del hijo. Posiblemente su nerviosismo la haga menos tendiente a animar a su hijo a que tome parte en actividades que impliquen riesgos, tales como andar en una bicicleta sin rueditas auxiliares o subirse a un árbol. Asimismo, es posible que lo sobreproteja y le envíe el mensaje de que la conducta masculina no solamente es dañina, sino que también es desaprobada por ella. En este sentido se recomienda que se le dé mayor independencia en cuanto a actividades que correspondan a su rol con el propósito de evitar que rechace las conductas propias de su sexo.

Ahora bien, en cuanto a la escuela, es conveniente que al hijo varón se le inscriba en actividades extracurriculares en donde los entrenadores y maestros sean varones, y así proveerle del rol modelo masculino.

Otro motivo por el cual es conveniente evitar presentar al niño una imagen injustamente negativa del padre, es porque al llegar la adolescencia el niño puede darse cuenta del engaño en el que ha sido involucrado. Además, sentirá coraje contra el padre que influyó negativamente en él, a quien pudo haber permanecido aliado durante años. En vez de estarle agradecido por haberlo protegido del "mal padre", puede acusarlo por no haber permitido una relación en la cual él y su progenitor pudieron haberse conocido y amado.

Los padres deben evitar la crítica negativa entre ellos mismos ya que esto es percibido por el niño como una crítica a él, debido a que, como se mencionó anteriormente, se identifica con el padre que recibe las observaciones negativas. Si un padre menosprecia la autoridad del otro, el

niño tendrá esquemas muy pobres para guiarse en la vida.

Asimismo, si los hijos critican a uno de sus padres frente al otro, éstos no deberán alentar su actitud ni justificarlos, más bien deben asumir una actitud de disculpa, tal vez diciéndoles que el otro padre está sujeto a grandes presiones, que es temporal el cambio que han observado en él y que deben tener paciencia.

Los niños que se encuentran al final de la niñez pueden comenzar a madurar físicamente, especialmente las niñas. Una niña de doce años con su primer vestido de adulto puede parecerse a su madre cuando su padre la conoció. O el niño puede adoptar poses o el estilo de su padre en su juventud. Se recomienda que los progenitores eviten decir frases que puedan herir la susceptibilidad de los niños. Decirle al niño frases como "Eres igualito a tu padre (madre) y por eso haces o dices las cosas de esa manera", dicho en forma de desprecio puede ser visto por el hijo como un insulto o como una amenaza de que va a llegar a ser una persona mala. Es posible que los niños más pequeños piensen que su progenitor puede llegar a abandonarlos por comportarse de esa forma. Es mejor decirles por ejemplo "Te ves igual de bonita que tu madre cuando la conocí". Es importante que el niño se sienta identificado con el padre del mismo sexo y que esto le produzca orgullo.

Por otro lado, también es conveniente que el padre se mantenga involucrado con sus hijos, principalmente con los varones. De lo contrario, éstos pueden llegar a asumir un rol masculino estereotipado con menosprecio, a las personas del sexo opuesto.

6.3 El manejo socioemocional del niño.

Los padres pueden contribuir de muchas maneras en el desarrollo

socioemocional del niño. Ya revisamos algunos aspectos referentes a cómo comunicar la noticia sobre el divorcio a los hijos así como otros concernientes a la conservación de la imagen paterna. A continuación se ofrecen sugerencias que pueden ayudarlo a superar la crisis que la separación de los padres implica y desarrollarse satisfactoriamente en esta área. Comenzaremos con algunas recomendaciones que son particularmente válidas para los infantes, es decir, para aquellos niños que atraviesan por las etapas oral y anal de Freud. Posteriormente se darán otras a nivel más general.

El problema principal que se presenta durante los tres primeros años de vida ante el divorcio de los progenitores, es lo que en este trabajo de tesis se le llama "desamparo". Aunque los temperamentos de los niños de estas edades pueden diferir, las necesidades de consistencia en cuanto al ambiente en el que se desarrollan, así como del afecto recibido por parte de los cuidadores primarios, son universales. Como se mencionó anteriormente, el infante necesita tener una relación cercana con el principal cuidador, en este caso el padre custodial, para que desarrolle el vínculo de apego. Sin embargo, no sólo requiere de la presencia de la cara conocida de un padre, sino también de los colores familiares de su propio cuarto y de su propia cuna para sentirse seguro. El hecho de que tenga que pasar los fines de semana alternados entre una casa y otra o un verano lejos de la familiaridad del hogar, puede producirle confusión y estrés. Es conveniente que el niño permanezca en un lugar fijo en donde pueda ser visitado por ambos padres. Es desaconsejable que vaya y venga de la casa materna a la paterna y viceversa. Si pasa la temporada de vacaciones con el padre no custodial, le puede beneficiar mucho que lo visite frecuentemente el otro padre.

Por otra parte, como se mencionó anteriormente, debido a que los padres en muchas ocasiones se encuentran deprimidos o estresados por el proceso de divorcio, no proporcionan a sus hijos el cariño y la atención que requieren. O por el contrario, exageran sus cuidados con la intención de satisfacer sus propias necesidades emocionales. El padre custodial debe evitar sobreproteger o tener abandonado al hijo.

El infante necesita estimulación y afecto pero también requiere de un ambiente tranquilo y descanso. El preocupado padre que no responde con prontitud a las necesidades físicas y afectivas de sus hijos pequeños, puede provocar que éstos se vuelvan tensos e irritables. Inversamente, el padre extralimitado en sus cuidados puede transmitirles su propia ansiedad, provocándoles estrés. El estrés de los padres puede convertirse en el del niño. Por lo tanto, es conveniente por ejemplo, en los casos en los que la madre está muy deprimida debido al divorcio, que un pariente cercano asuma la custodia del niño durante el tiempo que ella esté incapacitada para hacerse cargo de las responsabilidades custodiales.

Por otro lado, el niño después del divorcio puede sentir miedo de ir a dormir solo y puede manifestarlo postergando lo más posible la hora de acostarse. Ahora bien, aun cuando los padres experimenten sentimientos de soledad, no es conveniente que accedan a que sus hijos duerman con ellos en la misma cama. El ser indulgentes en este aspecto sólo sirve para confirmar sus miedos y para hacerles creer que si están solos algo puede pasarles. Los padres deberán recordarles que cada quien tiene su cama. Si el estrés del niño es tal que constantemente despierta aterrado, puede llegarse a un trato con él, siempre y cuando éste sea temporal. Lo mejor en este caso sería que la madre se cambiara a la recámara del pequeño para evitar que éste piense que ocupa el lugar de su padre, sobre todo cuando el

niño atraviesa por el período edípico.

En muchas ocasiones uno o ambos progenitores, deprimidos por el divorcio, se aíslan de los demás y después se sorprenden de que su hijo haga lo mismo. Se recomienda que ellos sean los primeros en abrir las vías de la comunicación y darle al niño la oportunidad de que exprese ante ellos sus temores y sentimientos así como aclararle sus dudas. Por doloroso que sea el asunto deberá mantenerse una comunicación clara, directa y fluida. Para acercarse al problema es conveniente expresar lo que es probable que el niño esté sintiendo. Por ejemplo, "Sé que te sientes triste y confundido, yo también lo estoy, sería conveniente que lo habláramos juntos" . Si únicamente se le interroga diciendo " ¿Qué te pasa? " , lo más probable es que el niño responda "nada".

En lo que se refiere a la comunicación con el grupo de pares, es conveniente que los niños intercambien opiniones con compañeros que estén en la misma situación. Esto puede mitigar sus sentimientos de soledad, facilitar la expresión de sentimientos significativos y ser un medio de apoyo para que los niños compartan sentimientos comunes, problemas y pensamientos. También puede ayudarlos a clarificar concepciones equivocadas acerca del divorcio y reducir sus sentimientos de culpa relacionados con el conflicto de sus padres y conductas desadaptadas de los mismos. De la misma manera, esto puede animarlos a discutir sus intereses personales directamente con ellos ya que en muchas ocasiones les resulta muy difícil debido a que tienen temor a ser rechazados.

Es conveniente que los padres dediquen un tiempo especial de manera regular a sus hijos, con el propósito de satisfacer las necesidades afectivas de éstos. No tiene que ser un tiempo largo, sino más bien la

calidad de la relación es lo más importante. La convivencia entre padre e hijo deberá realizarse en un lugar que esté libre de interrupciones, en el que el padre pueda expresar su afecto al niño tanto en forma verbal como física. El padre puede referirse a algo que haya hecho el niño recientemente y que le haya gustado o que lo haya hecho sentirse orgulloso de él. Los problemas de disciplina o las cosas que al padre no le agradan de la conducta del niño deben ser tratadas en otro momento. El tiempo especial es para compartir amor y diversión.

Del mismo modo, los padres pueden ayudar a disminuir la ansiedad y los sentimientos de privación de sus hijos mediante pequeños detalles en los cuales les demuestren su amor. Acciones tales como zurcirles su ropa o prepararles su comida preferida puede proveerlos de afecto. Por otro lado, asegurarles que cuentan con el dinero necesario para cubrir sus necesidades inmediatas puede proporcionarles seguridad.

En lo que se refiere a la decisión del padre custodial de mudarse de casa, quizá de trasladarse a un nuevo poblado con el propósito de olvidar recuerdos del pasado y emprender una nueva vida, es recomendable que se postergue la realización de estos planes y evitar los cambios, mientras que el niño logra ajustarse al divorcio. No obstante, si la decisión de cambiar de casa ha sido tomada, sería conveniente mudarse a alguna que se encuentre en los alrededores para que así el niño conserve a sus amigos y pueda continuar en la misma escuela por lo menos durante ese año escolar y de ser posible durante ese ciclo. Del mismo modo, no es conveniente internar al niño después del divorcio ya que éste puede sentirse doblemente rechazado, justo cuando más apoyo necesita.

Si se da la situación en la que los niños se aparten de su casa y se refugien en la de sus amigos para evadir la realidad y encontrar una

estructura padre-madre, es conveniente hacerles ver el por qué de su conducta y que la solución no está en sentirse hijos de esas familias, pues tienen que aceptar su realidad y vivir de acuerdo a ella. Se les puede sugerir que inviten a sus amigos y parientes a casa. Los padres mismos pueden hacerlo por ellos, animándolos y creándoles un clima cálido en el hogar.

Por otra parte, es conveniente que los padres reflexionen acerca de las formas que hay para distraer a sus hijos del estrés y depresión, animándolos a realizar actividades extracurriculares, por ejemplo, alentándolos a triunfar en un equipo deportivo, a formar parte de un grupo, como el de los Boy Scouts, etc. O bien pueden invitarlos a salir al cine o a comer juntos. Esto puede ayudarlos a distraer sus mentes de la problemática que hay en el hogar, elevar su autoestima y aliviar sus sentimientos de privación de atención paterna.

Ahora bien, en cuanto al manejo de la disciplina de los hijos, ya hemos visto que con frecuencia los padres, después del divorcio, tienen dificultades al respecto. Es recomendable que éstos combinen los límites y controles estrictos, motivos y explicaciones, con demostraciones de cariño y aprobación. La disciplina firme es una fuente importante de seguridad y estabilidad cuando los niños están adaptándose a las nuevas relaciones familiares. No obstante, debe ser combinada con el afecto ya que por lo regular los niños obedecen con gusto al padre cariñoso, no con miedo como lo hacen aquellos que tienen un padre amenazante y distante. Es conveniente escuchar a los niños, razonar con ellos y hacer tratos de compromiso. Combinar el alto grado de supervisión y las expectativas de una conducta responsable con manifestaciones de cariño y aprobación. Por lo regular los hijos de los padres que manejan este tipo de disciplina son

independientes, tienen autocontrol, hacen amistades con facilidad y tienen un carácter alegre y positivo.

En algunas ocasiones uno de los padres se comporta de una manera muy rígida en cuanto al manejo de la disciplina de sus hijos, mientras que el otro es demasiado flexible. Lo recomendable sería que los padres llegaran a un acuerdo acerca de cómo ejercer dicha disciplina. No obstante, debido a que esto por lo regular es muy difícil de lograr, es conveniente decirle al niño qué se espera de él en cada casa. Por lo general ellos pueden adaptarse a vivir en dos lugares con diferentes normas, siempre y cuando se conozcan las reglas y se exija su cumplimiento.

Como hemos venido mencionando a lo largo de esta tesis, muchos padres divorciados, en vez de ayudar a sus hijos a salir adelante, agravan la situación. Algunos los utilizan como armas para atacar a su ex-cónyuge y los convierten en instrumentos de venganza. Pueden aprovechar la oportunidad para demostrarles que hasta de la adversidad se puede aprender, y enseñarles con el ejemplo cómo con voluntad, se pueden superar situaciones conflictivas.

Otros padres se refugian en sus hijos para cubrir sus propias necesidades afectivas. En vez de protegerlos y enseñarles a ser responsables de sus propias vidas, hacen que los niños también carguen con ellos. Es importante que los progenitores los protejan al máximo de los efectos negativos que pueda originar el divorcio, fortaleciendo la confianza que tienen en su amor, sobre todo durante esta etapa de crisis.

En el caso en el que uno o ambos padres no haya podido lograr un buen ajuste en la etapa post-divorcio o que el niño presente problemas graves que no se hayan podido vencer, es conveniente consultar a un especialista con prontitud. Existen centros en donde cuentan con el

personal capacitado para prestar ayuda en estos casos, tales como el DIF, el IMSS, el ISSSTE, así como clínicas y consultorios privados.

El grado de ajuste que tenga el niño ante el divorcio de sus padres será principalmente el reflejo de la forma en que ellos lo manejaron.

CONCLUSIONES

En este capítulo se pretende dar respuesta a las interrogantes que guiaron esta investigación bibliográfica, referentes a cómo afecta el divorcio de los padres al desarrollo del niño y cómo pueden los adultos que están a su cargo, facilitar la aceptación por parte de éste, al divorcio.

Para poder responder satisfactoriamente a la interrogante de cómo afecta emocionalmente el divorcio de los padres al desarrollo del niño, nos vimos en la necesidad de hacer una revisión de su evolución durante las diferentes etapas, a partir de las teorías psicoanalíticas. Asimismo, se hizo evidente la necesidad de clarificar cuáles son las principales reacciones emocionales de los niños y los mecanismos de defensa a los cuales suelen recurrir.

Como se ha venido mencionando a lo largo de esta tesis, el divorcio de los padres va acompañado de una serie de acontecimientos sumamente estresantes que interfieren en el desarrollo emocional de los niños de todas las edades. No obstante, las reacciones de éstos varían dependiendo de la etapa del desarrollo por la cual estén atravesando en el momento de la separación.

Durante los primeros tres años de vida los niños no comprenden lo que está sucediendo en el hogar. Sin embargo, perciben la tensión que existe en el mismo por lo que pueden verse afectados. Además, durante estas edades las necesidades de atención, estimulación y afecto son mayores que las de los niños de otras edades. No obstante, en muchas ocasiones los padres no las satisfacen debido a que se encuentran agobiados por su propia situación de divorcio. Por lo tanto, los niños pueden desarrollar profundos sentimientos de privación paterna, que es el sentimiento que los caracteriza ante lo que experimentan como la ruptura

familiar. En algunas ocasiones los padres divorciados tratan de cubrir sus propias necesidades afectivas y consecuentemente sobreprotegen a sus hijos, frenando así su desarrollo.

Los años preescolares son críticos en el desarrollo de la personalidad del niño y por consiguiente es precisamente durante esta etapa cuando el divorcio de los padres produce los efectos más adversos sobre sus hijos. Lo anterior se debe a que su nivel de razonamiento no les permite comprender los motivos de la ruptura familiar. Unen eventos sin relación de manera causal, por lo que el divorcio les produce un estado de confusión.

Los niños de edad preescolar están comenzando el proceso de identificación con el progenitor del mismo sexo, por lo que los niños varones se ven más afectados que las niñas por la separación de sus padres ya que por lo general, es el padre quien se va del hogar y éstos pierden así a su principal figura de identificación.

Por otra parte, el pensamiento egocéntrico que caracteriza a los niños de edad preescolar, sumado a los conflictos edípicos que experimentan, los cuales se describieron detalladamente en el capítulo correspondiente a los niños de esta etapa, provocan que piensen que su deseo de que su padre se fuera del hogar se ha cumplido y ahora ellos han tomado su lugar, lo cual les produce culpa y sienten temor de que su padre regrese a vengarse por haberlo desplazado. Igualmente las niñas sienten culpa al relacionar la partida del padre con su deseo de poseerlo así como con su mala conducta, por lo que tratan de portarse lo mejor posible para que éste regrese al hogar. Tanto los niños como las niñas utilizan la negación a través del juego simbólico, así como la regresión, como mecanismos para mitigar estos sentimientos y combatir el estrés que les

provoca toda la situación generada por la separación de los padres. Cuando el divorcio de los progenitores se presenta durante la elaboración de los conflictos edípicos, esta fase puede prolongarse impidiendo que los niños continúen su desarrollo.

Ante el divorcio de los padres, el sentimiento que caracteriza a los niños que se encuentran en la etapa de la temprana latencia, es de profunda tristeza. Ellos han alcanzado un nivel de desarrollo tal que les permite estar más en contacto con sus propias emociones. Por consiguiente, están más conscientes que los niños de edad preescolar del sufrimiento que están experimentando a partir de esta situación tan dolorosa. Sin embargo, se les dificulta mucho superarlo. El dolor es tal que sus mecanismos de defensa no resultan adecuados para disminuir los sentimientos de pérdida, soledad, temor, abandono y rechazo.

A diferencia de los preescolares, los niños que están en la etapa de temprana latencia ya no se sienten culpables por el divorcio de sus padres ya que tienen una mayor comprensión del mismo. No obstante, se dan cuenta del papel tan importante que desempeñan sus progenitores en su vida, por lo que temen perder la estructura familiar que la sostiene. Por tal motivo, el divorcio les produce sentimientos de pánico y el dolor que experimentan por la partida del padre es semejante al dolor que le produce a un adulto la pérdida de un ser querido.

Cuando el divorcio de los padres se presenta durante la etapa de la latencia tardía, los niños no solamente tienen una mejor comprensión de la separación de sus padres, sino que también cuentan con mayores recursos para enfrentarse a sí mismos y manejar sus sentimientos. Ya tienen la capacidad de utilizar una variedad de mecanismos de defensa que ayudan a mitigar su estrés. Asimismo, han logrado un desarrollo físico e

intelectual que les permite distraerse a través de la realización de diversas actividades, ya sea grupales o individuales, con lo cual se olvidan un poco de la problemática que existe en el hogar, al menos durante el tiempo que están realizando dichas actividades.

La reacción característica de los niños que atraviesan por la latencia tardía ante el divorcio de sus padres, es de enojo profundo y éste se dirige hacia el padre que consideran culpable de la ruptura familiar. El enojo en muchas ocasiones, es un mecanismo de defensa que los niños utilizan para desviar su tristeza y así evitar hundirse en la depresión.

Por otro lado, dado que los niños de estas edades tienen mayor capacidad que los niños más pequeños para desempeñar los papeles de adulto, en muchas ocasiones los padres abusan de estas capacidades, descargando en sus hijos tareas y responsabilidades muy pesadas para su corta edad. Muchas veces no solamente tienen que cuidarse a sí mismos, cuidar a sus hermanos menores y realizar las labores del hogar sin la compañía de un adulto en casa, sino que en algunas ocasiones también tienen que proporcionar seguridad a sus progenitores y cubrir las necesidades afectivas de éstos, sin que ellos mismos reciban el cariño y la atención que requieren. Por consiguiente, es posible que desarrollen sentimientos de privación paterna y soledad, lo cual a su vez puede dar origen al resentimiento.

Ahora bien, por lo que respecta al ajuste escolar, se puede decir que el divorcio de los padres puede tener efectos negativos en el rendimiento académico de sus hijos ya que el estrés que les produce la desintegración familiar les impide concentrarse en sus actividades. Ellos están más ocupados pensando en su situación familiar que en sus labores escolares. Además, están más propensos a faltar o llegar tarde a la

escuela y a no cumplir con sus tareas que los niños de familias intactas ya que por lo regular sus padres cuentan con menos tiempo y disposición para atender los asuntos relacionados con la escuela de sus hijos. Esta situación puede provocar un decremento en el rendimiento académico de estos niños.

Asimismo, se ha visto que el estrés ocasionado por la separación de los padres puede producir trastornos conductuales en sus hijos que pueden verse reflejados en el comportamiento inadecuado de éstos dentro del salón de clases. Muchas veces molestan a sus compañeros por lo que ellos tienden a rechazarlos.

Por lo regular los padres no comunican a los maestros de sus hijos que están divorciados por el temor de que éstos últimos sean etiquetados negativamente y rechazados. Los maestros únicamente observan un decremento en el rendimiento académico y mala conducta por parte de sus alumnos, quienes tienden a mostrar desinterés en las actividades escolares, distractibilidad, inquietud excesiva, cansancio y mala conducta por lo que les exigen más y los castigan con frecuencia. La falta de comunicación entre padres y personal académico, en lugar de ser beneficiosa, puede resultar contraproducente ya que el estrés de estos niños puede verse incrementado.

Por otra parte, en lo que respecta tanto a los arreglos custodiales como de visitación, los resultados de diversas investigaciones concluyen que los niños logran un mejor ajuste postdivorcio cuando están bajo la custodia del progenitor del mismo sexo ya que éstos, además de contar con un modelo de identificación que les permite tener un desarrollo adecuado de los roles sexuales, tienen mayor autoestima, madurez, sociabilidad e independencia y son más cariñosos y menos demandantes que los niños que

se encuentran bajo la custodia del progenitor del sexo opuesto. Se argumenta que una de las razones por las cuales los niños varones presentan mayores dificultades para ajustarse al divorcio de sus padres es porque éstos por lo regular, se quedan bajo la custodia materna.

Ahora bien, en lo que se refiere a los arreglos de visitación, se ha visto que generalmente los niños logran un mejor ajuste cuando cuentan con un acceso frecuente, sin restricciones y libre de conflicto a ambos progenitores.

Por lo que respecta al ajuste del niño durante el período postdivorcio, se ha visto que si bien hay niños que se adaptan con facilidad a los cambios producidos por la separación de sus padres, otros parecen presentar mayores dificultades al respecto. Los resultados de diversas investigaciones señalan que estas diferencias se deben principalmente al producto de la interacción de factores individuales, familiares, sociales y culturales.

Los factores individuales incluyen, como su nombre lo indica, a todas aquellas características personales del niño que influyen en la forma en que éste maneje el estrés ocasionado por la ruptura familiar. Estos son por ejemplo, sexo, edad y temperamento.

Los factores de la dinámica familiar analizados en la presente investigación que influyen en el desarrollo del niño son: La manera en que los padres se enfrentan al estrés producido por la ruptura marital, el conflicto entre los mismos, así como los arreglos tanto custodiales como de visitación. El primero de estos factores se refiere a la forma en que el estrés de los padres repercute en el manejo que le dan a sus hijos, por ejemplo, en los estilos de disciplina que son utilizados por éstos. La tensión emocional originada por la separación, así como el hecho de tener

que enfrentarse a nuevos roles en familias de un solo padre, provocan que los estilos de disciplina utilizados por los progenitores, en muchas ocasiones se vuelvan ineficaces. Generalmente se presentan mayores problemas entre las madres quienes tienden a ser más dominantes durante esta etapa de crisis, y los hijos varones que consecuentemente se tornan más desafiantes, lo que da origen a frecuentes conflictos entre ambos. O se crea una inversión de papeles entre padres e hijos, es decir, lo que llamamos en capítulos anteriores "paternalización" Ahora bien, el conflicto entre los padres es otro factor que influye en gran medida en el grado de ajuste que el niño tenga ante el divorcio de los mismos.

Se ha visto que una de las principales razones por las cuales los niños continúan presentando problemas de adaptación después de la separación es porque sus progenitores continúan peleando y con frecuencia utilizan a sus hijos como instrumentos para agredir a su ex-cónyuge.

Por último, los arreglos tanto custodiales como de visita también son factores de la dinámica familiar que son determinantes en el grado de ajuste que el niño tenga ante la separación de sus padres ya que de la relación que guarde con cada uno de sus progenitores dependerá en gran parte, la aceptación que tenga del divorcio de éstos.

Así como el niño es afectado por factores relacionados con la dinámica familiar, la respuesta de la familia frente al divorcio es influida por factores sociales, es decir, tal como hay una interacción entre el individuo y la familia, hay una interacción entre la familia y la comunidad. Asimismo, los valores, creencias y actitudes prevaletentes en una cultura dada son compartidos por la comunidad, la familia y el miembro individual.

El buen o mal ajuste de los hijos posterior al divorcio de sus padres será principalmente el resultado de la forma en que éstos manejen

la situación. Los padres sensibles y preparados para las reacciones de los niños, pueden suavizar los efectos de la difícil transición. No obstante, en muchas ocasiones ellos se encuentran tan agobiados por su propia problemática que no se percatan de que sus hijos también están atravesando por momentos de crisis, por lo que no les proporcionan el apoyo, la atención y el cariño requeridos, justo cuando más lo necesitan.

La forma en que los padres apoyen a sus hijos debe ir de acuerdo a la etapa del desarrollo por la cual estén atravesando. Ellos deben mitigar los sentimientos de desamparo, propios de los niños menores de tres años, los de culpa, característicos de los preescolares, los de profunda tristeza que experimentan los niños que atraviesan por la temprana latencia, y los de enojo de aquellos que se encuentran en la latencia tardía, los cuales son producidos por el divorcio.

En un nivel más general, en lo que respecta al manejo de la disciplina, se puede decir que es conveniente que los padres combinen los límites y controles estrictos, motivos y explicaciones con demostraciones de cariño y aprobación. Asimismo, en cuanto al manejo socioemocional de estos niños, se recomienda que los padres mantengan una comunicación fluida con sus hijos, tratando de ventilar los sentimientos, pensamientos, temores y dudas de éstos, así como dedicarles un tiempo especial para compartir amor y diversión con ellos. Esto puede tranquilizarlos y satisfacer sus necesidades afectivas.

Los alcances de esta investigación se vieron limitados debido a que la mayor parte de las investigaciones revisadas fueron realizadas en Estados Unidos de Norteamérica dado que existen pocas publicaciones sobre este lema efectuadas en nuestro país. Estamos conscientes de que se pueden encontrar diferencias socioculturales entre estas dos poblaciones.

No obstante, debido a que el divorcio genera situaciones estresantes, es de esperarse que las reacciones de los hijos ante el cambio en la estructura familiar sean similares en los niños de diferentes culturas.

Se considera que a lo largo de esta revisión bibliográfica se dio respuesta a las interrogantes que se plantearon, las cuales se dirigieron al análisis de la forma en que el niño puede verse afectado por el divorcio de sus padres, en las diferentes áreas de desarrollo. Asimismo, esta revisión se encauzó a ofrecer sugerencias en cuanto a cómo facilitar el ajuste socioemocional del niño ante la nueva estructura familiar.

BIBLIOGRAFIA

Bonkowski, S. E. , Boomhower, S. J. y Bequette, S. Q. (1985). *What you don't know can hurt you: Unexpressed fears and feelings of children from divorcing families.* Journal of Divorce, 9(1), 33 - 45.

Cantor, D. W. (1982). *The psychologist as child advocate with divorcing families.* Journal of Divorce, 6 (1-2), 77 - 86.

Craig, G.J. (1988). Desarrollo Psicológico (4a ed.). México: Prentice Hall.

Chaplin, J. P. y Krawiec, T. S. (1978). Psicología: Sistemas y Teorías (1a ed.). México: Interacadémica.

Chethik, M. , Dolin, N. , Davies, D. , Lohr, y Darrow, S. (1986). *Children and Divorce: The "negative" identification.* Journal of Divorce. 10 (1-2), 121 - 137.

Drake, E. (1979). *Helping the school cope with divorce:* Journal of Divorce, 3(1), 69 - 75.

Erikson, E. (1974). Infancia y Sociedad (5a ed.). Buenos Aires: Horme.

Francke, L. B. (1984). Growing up Divorced: How to Help your Child Cope with Every Stage from Infancy through the Teens. New York: Fawcett

Crest Books.

Freedman, A. M. , Kaplan, H. I. y Sadock, B. J. (1981). Compendio de Psiquiatría (1a ed.). Barcelona Salvat.

Freud, S. (1943). Introducción al Psicoanálisis (Vol. II). (1a ed.). Buenos Aires: Americana.

Freud, S. (1981). Obras Completas (4a ed.). Madrid: Biblioteca Nueva.

Fry, P. S. y Addington, J. (1985). Perceptions of parent and child adjustment in divorced families. Clinical Psychology Review, 5, 141 - 157.

Goodyer, I. M. (1980). Family relationships, life, events and childhood psychopathology. Journal of Child Psychology and Psychiatry, 31 (1), 161 - 192.

Hall, C. S. y Lindzley, G. (1975). Las Grandes Teorías de la Personalidad. (1a ed.). Buenos Aires: Paidós.

Hess, R. D. y Cámara, K. A. (1979). Post-divorce family relationships as mediating factors in the consequences of divorce for children. Journal of Social Issues, 35 (4), 79 - 95.

Hetherington, E. M. (1989). Coping with family transitions: Winners, losers and survivors. Child Development, 60, 1-14.

Hetherington, E. M. , Cox, M. y Cox, R. (1979). Play and social interaction in child following divorce. Journal of Social Issues, 35(4), 26 - 49.

Hoffman, M. I. (1971). Father absence and conscience development. En J. J. Conger (Ed.), Contemporary Issues in Adolescent Development, pp 444 - 454. New York: Harper and Row.

Huntley, D. K. , Phelps, R. E. y Rehm, L. P. Depression in children from single- parent families. Journal of Divorce, 10 (1-2), 153 - 161.

Janis, I. L. y Col. (1969) Personality Dynamics Development and Assessment. New York: Harper Books.

Johnston, J. R. , González, R. y Campbell, L. E. (1985, August). Ongoing post- divorce conflict as predictor of child disturbance. Paper presented at the 93 annual meeting of the American Psychological Association. Los Angeles, California.

Johnston, J. R. , Kline, M. y Tschann, J. M. (1989). Ongoing postdivorce conflict: Effects on children of joint custody and frequent access. American Journal of Orthopsychiatry, 59 (4), 576 - 592.

Kaye, S. H. (1988- 1989). The impact of divorce on children's academic performance. Journal of Divorce, 12 (2- 3), 283 - 298.

Kline, M. , Tschann, J. M. , Johnston, J. R. y Wallerstein, J. (1989). *Children's adjustment in joint and sole physical custody families.* Development Psychology, 25 (3), 430 - 438.

Lamb, M. E. (1981). The Role of the Father in Child Development (2a ed.). U.S.A. Willey Interscience Publication.

Levitin, T. E. (1979). *Children of divorce: An introduction.* Journal of Social Issues, 35 (4), 1 - 25.

Levy-Shiff, R. (1982). *The effects of father absence on young children in mother headed families.* Child Development, 53 (1400 - 1405).

Longfellow, C. (1979). *Divorce in context: It's impact on children.* En G. Levinger y O. Moles (Ed.), Divorce and Separations. (Cap. 17, pp. 287 - 306). Nueva York: Basic Books.

Mackinnon, C. E. , Brody, G. H. y Stoneman, Z. (1982). *The effects of divorce and maternal employment on the home environments of preschool children.* Child Development, 53, 1392 - 1399.

Mackinnon, C. E. , Brody, G. H. y Stoneman, Z. (1987). *The longitudinal effects of divorce and maternal employment on the home environments of preschool children.* Journal of Divorce, 19 (4), 65 - 78.

Martín, M. (1985). Haga un Exito de su Divorcio: Los Hijos. Derecho o Deber (3a ed.). México: Edamex.

Mercado, U. P. (1988). Perfil de las Actividades Profesionales del Psicólogo Educativo que labora en el Área Metropolitana de México. Tesis profesional sin publicar. Universidad Anáhuac. México.

México (Leyes, etc.). Código Civil para el Distrito Federal en materia común y para toda la República en materia Federal. México: Librerías Teocalli.

Mussen, P. H. , Conger, J. J. y Kagan, J. (1990). Desarrollo de la Personalidad del Niño (3a ed.). México: Trillas.

Neugebauer, R. (1988 - 1989). Divorce, custody and visitation: The child's point of view. Journal of Divorce, 12 (2 - 3), 153 - 168.

Papalia, D. E. y Olds, S. W. (1990). Desarrollo Humano (1a ed.). México: Mc Graw Hill.

Parish, T. y Dostal, J. W. (1980). Evaluations of self and parent figures by children from intact, divorced and reconstituted families. Journal of Youth and Adolescence, 9(4), 347 - 351.

Pedro-Caroll, J. A. y Cowen, E. L. (1985). The children of divorce intervention program: An investigation of the efficacy of a school based prevention program. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 53 (5), 603 - 611.

Pelt, M. G. (1982). Correlates of children's social adjustment following divorce. Journal of Divorce, 5 (4), 25 - 39.

Rosen, R. (1979). Some crucial issues concerning children of divorce. Journal of Divorce, 3 (1), 19 - 25.

Santrock, J. W. y Warshak, R. (1979). Father custody and social development in boys and girls. Journal of Social Issues, 35 (4), 112 -125.

Satir, V. (1990). Relaciones Humanas en el Núcleo Familiar. (1a ed.). México: Pax México.

Schlesinger, B. (1982). Children's viewpoints of living in one parent family. Journal of Divorce, 5 (4), 1 - 23.

Shiller, V. (1986a). Joint versus maternal custody for families with latency age boys: Parent characteristics and child adjustment. American Journal of Orthopsychiatry, 56 (3), 486 - 489.

Shiller, V. (1986b). Loyalty conflicts and family relationships in latency age boys: A comparison of joint and maternal custody. Journal of Divorce, 9 (4), 17 - 37.

Stirtzinger, R. (1986). "Where is my daddy's house?" : Preschool age children of divorce and transitional phenomena. Journal of Divorce, 10 (1- 2), 139 - 151.

Teyber, E. (1987). Quando los Padres se Separan (1a reimpr.). México: Planeta.

Teyber, E. y Hoffman, Ch. (1987). Missing fathers. Psychology Today, 21 (4), 36 - 39.

Thompson, C. (1955). El Psicoanálisis (2a ed.). México: Fondo de Cultura Económica.

Toufexis, A. (1989). The lasting wounds of divorce. Time, 133 (6), 33.

Wallerstein, J. S. y Blakeslee, S. (1990). Padres e Hijos después del Divorcio. Buenos Aires: Vergara.

Wallerstein, J. S. y Kelly, J. B. (1976a). The effects of parental divorce: Experiences of the child in early latency. American Journal of Orthopsychiatry, 46 (1), 20 - 32.

Wallerstein, J. S. y Kelly, J. B. (1976b). The effects of parental divorce: Experiences of the child in later latency. American Journal of Orthopsychiatry, 46 (2), 256 - 269.

Wallerstein, J. S. y Kelly, J. B. (1980). Surviving the Breakup: How Children and Parents Cope with Divorce. New York: Basic Books.

Weiss, R. S. (1979). Growing up a little faster: The experience of

growing up in a single parent household. Journal of Social Issues. 35 (4), 97 - 111.

White, B. L. (1988). Los Tres Primeros Años de Vida. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Wolff, W. (1976). Introducción a la Psicopatología (1a ed.). México: Fondo de Cultura Económica.